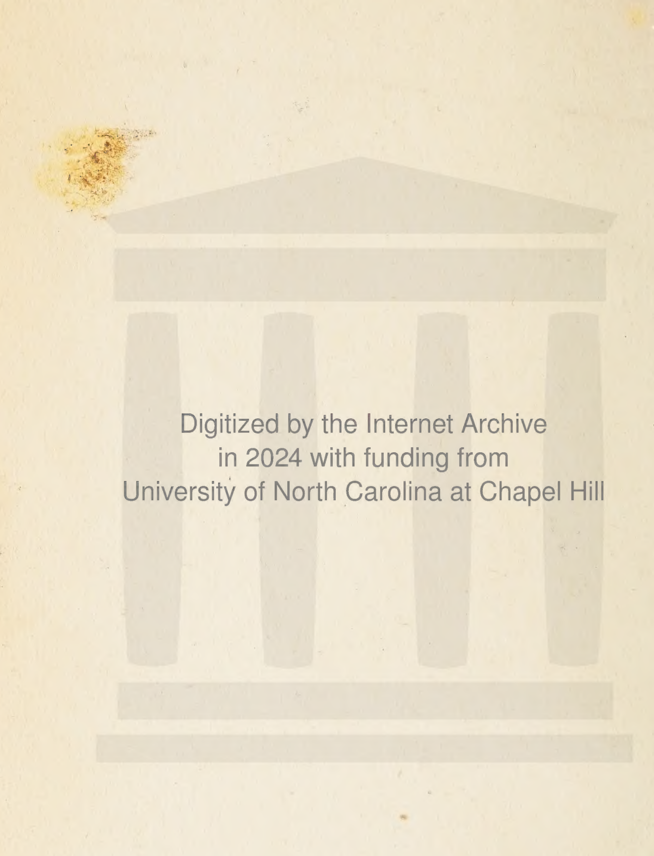
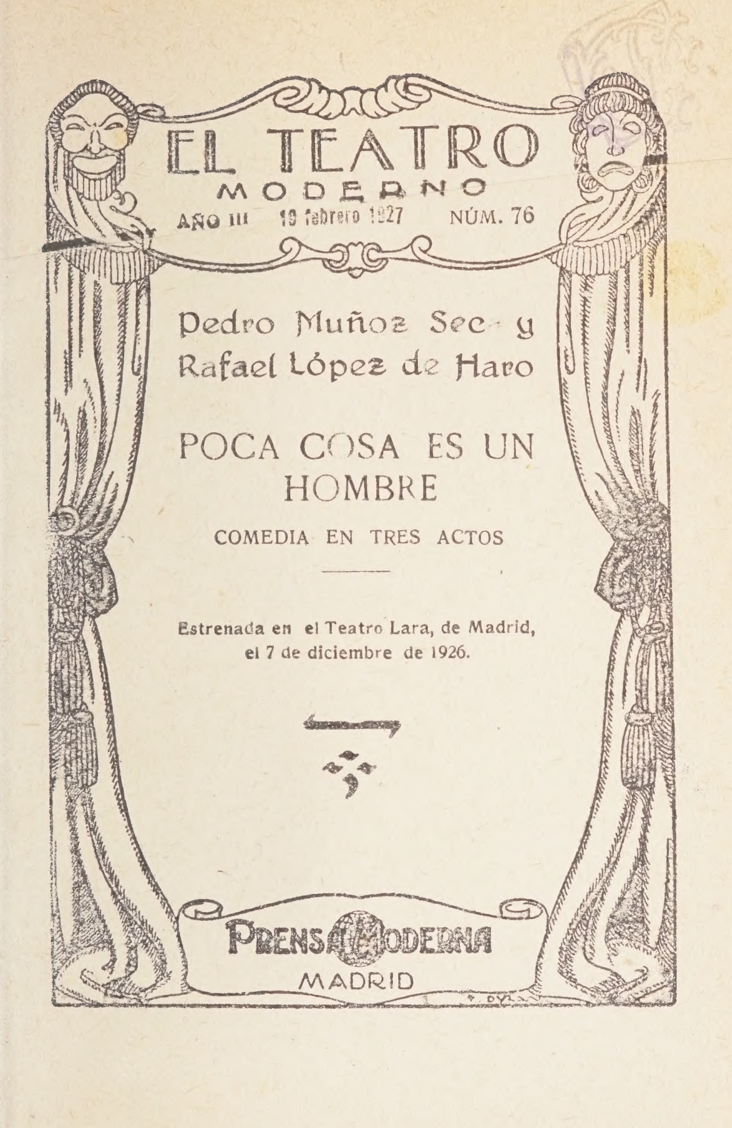

EL TEATRO
MODERNO
P. MUÑOZ SECA
Y
R. LOPEZ DE HARO
POCA COSA ES UN HOMBRE





EL TEATRO MODERNO

AÑO III 19 febrero 1927 NÚM. 76

Pedro Muñoz Seca y
Rafael López de Haro

POCA COSA ES UN HOMBRE

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid,
el 7 de diciembre de 1926.

PRENSA MODERNA

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Pilar	*Sra. Gelabert.*
Aurora	*Srta. La Riva.*
Aldonza	*" Alba.*
Damiana	*" Málaga.*
Germán	*Sr. Thuillier.*
Luciano	*" Soler Marí.*
Víctor	*" Balaguer.*
Saldaña	*" Córdoba.*
Cerón	*" Gisbert.*
Un criado	*" García.*



ACTO PRIMERO

"Hall" en la casa de campo de don Jaime Saldaña. Al fondo, tres arcadas, dos de ellas con alféizar de azulejos; la del centro es la entrada. Detrás hay un emparrado que tamiza la luz y, por último, un espléndido jardín. En primer término de la izquierda (actor) hay una puerta, y después, volando sobre el ángulo de la estancia, una escalera, cuyo primer tramo, practicable, está en escena. A la derecha hay una sola puerta. Los muros son blancos, con zócalo de azulejos, sobre el que corre una repisa. Son de cuarterones las puertas, de madera oscura, como el artesonado. En armonía, el moblaje es severo y rancio: lienzos, cornucopias, vargueños, sillones, mesa, farol, etc., etc. Haría bien una hornacina de cerámica con su santirulico. Transcurre el acto durante una mañana de primavera. Mucha luz en el jardín, menos bajo el emparrado y menos en escena, procurándose sugerir esa impresión de frescor y de paz de las moradas serranas.

(Al levantarse el telón está en escena, sentado ante una mesa y abriendo el correo del día, que es mucho, Don Jaime Saldaña, un señor como de cincuenta años, muy simpático, muy afable y muy señor. Por la puerta de la izquierda entra en escena Aldonza, jamona que, a fuerza de administrarse bien, ha convertido sus cuarenta y nueve años en cuarenta y uno. Acaba de levantarse y trae un libro en la mano.)

ALDON. Buenos días, hermano.

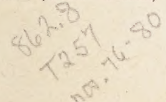
SALDA. Dios te guarde, Aldonza.

ALDON. ¿Has dormido bien?

SALDA. Como un leño. ¿Y tú?

ALDON. Mal, hijo, muy mal. Comencé a leer este libraco antes de acostarme; me interesó; me impresioné, y nada, que me he pasado toda la noche soñando con que me raptaban.

SALDA. ¡Por Dios, criatura; qué ocurrencia!...



ALDON. ¡Qué apuros!... Porque es que yo veía que el raptor no podía conmigo. ¡Figúrate!

SALDA. ¿Y qué libro es ése?

ALDON. ¡Bah! Una paparrucha: "La mujer que se casó once veces".

SALDA. ¡Atiza!

ALDON. Una novela italiana, de Joviano Lapapelini, traducida por Montserrat Ribot y Porchet. Una tontería. Y tú, ¿qué haces?

SALDA. Ojeando la correspondencia.

ALDON. ¿No te cansará?...

SALDA. ¡Mujer, por Dios!

ALDON. ¿Por qué no esperas a que venga ese nuevo secretario que te has echado?... No tienes idea de la gracia que me hace ese señor Farfán. ¡Qué tipo!

SALDA. ¡El pobre es un infeliz!... Y si vieras qué hombre tan culto y tan simpático...

ALDON. Y educadísimo; eso sí: da gusto tratarle.

SALDA. Está aquí haciendo unos estudios, en el archivo del pueblo, por cuenta del Conde del Paso de Antuco, en cuya casa está empleado, y en las horas extraordinarias me auxilia en mis trabajos y se gana unas pesetillas, que le vienen muy bien, porque tiene una mujer muy gastadora.

ALDON. ¡Ah! ¿Sí?

SALDA. Y, por Dios, que no se te ocurra hablarle de ella nunca; porque es que se dispara. Cuando empieza a hablar de su mujer, no hay quien le ataje. Creo que es una criatura imposible. Dice que aquí, separado de ella, está como en la gloria.

ALDON. ¡El pobre!... *(Acercándose al aparato del teléfono.)* ¿Te molestará que hable por teléfono?

SALDA. En absoluto. *(Continúa dedicado a su tarea.)*

ALDON. *(Llamando.)* Porque, hijo, hay días que no sé lo que me sucede, y ayer ha sido uno de ellos. *(Suena el timbre del teléfono.)* ¿Centro? Con el número siete. Sí; Villa Bella. *(Pausa.)* ¿Vi-

lla Bella?... ¿Eres tú, Guagua? ¡Guagua!... ¡Guagua!...

SALDA. ¿Es que ladras, Aldonza?

ALDON. Déjame, hombre... *(Al aparato.)* ¿Eres tú?... Aquí es Aldonza... Sí..., mujer. ¿Me dejé ayer en tu casa los impertinentes?... Muy bien... No, si tengo otros; pero quería saber dónde estaban... Gracias. Sí; continúa muy bien, gracias a Dios. Hasta luego, entonces. Adiós. *(Cuelga el aparato.)* Lo apuntaré; porque si no, luego me hago un lío. *(Apunta en una hoja de papel.)* "Villa Bella. Impertinentes." *(Vuelve a llamar.)* ¿Centro? Con el número once. Los Higuerales. *(A Saldaña.)* Estoy deseando que pongan el automático. Es más... *(Al aparato.)* ¿Los Higuerales?... ¿Quién está al aparato? ¡Ah! Oiga usted, Jovita: diga a la señorita Heberta que se ponga.

SALDA. ¿Qué has dejado olvidado en Los Higuerales?

ALDON. El bolso.

SALDA. Pero, mujer, ¿cómo te las arreglas para irlo dejando todo por ahí?

ALDON. ¿Todo? Cualquiera que te oyese...

SALDA. ¡Cualquiera que te oiga a ti!...

ALDON. Pues, ya ves, en treinta y cinco años que tengo...

SALDA. ¡Aldonza! ¡Que soy tu hermano!

ALDON. En treinta y cinco años que tengo de andar suelta...

SALDA. ¡Ah!

ALDON. Todavía no he perdido nada. Lo que dejo olvidado por ahí, me lo devuelven y en paz. Bien es verdad que para eso le costeo yo a San Antonio una de cultos que no creo que tenga en el orbe una devota más ferviente ni más espléndida.

SALDA. Ni más exagerada. Das motivos para que la gente diga por ahí que ese jaleo que tú te traes con San Antonio es por otra cosa.

ALDON. Mira, Jaime: tú sabes que a mí la gente me... *(Al aparato.)* ¿Eh? Heberta... Mujer, perdó-

name, que estarías en tus cosas... Escucha: ¿dejé ahí mi bolso ayer tarde? ¿No?... ¿Qué?... Pues mira, no me había dado cuenta. Sí. Claro. Muy bien. Bueno; pues hasta luego. Sí... Adiós. *(Cuelga el aparato y escribe.)* "Los Higuerales. La sombrilla." *(Preocupada.)* ¡Qué raro! ¿Dónde estuve yo después?... ¡Ah! Sí. En casa de las de Lacomba, que me llegué en un salto a ver cómo seguía la pequeña. *(A Saldaña.)* Has logrado hacerme mal de ojo.

SALDA. ¿Qué?

ALDON. Que lo del bolso se ha puesto muy serio. Creo que lo he perdido. Me extraña muchísimo que San Antonio me juegue esta mala pasada.

DAMIA. *(Criada joven, con un bolso y un paquetito, por la derecha.)* ¿Señorita?

ALDON. ¿Qué hay, Damiana? *(En un grito.)* ¡Mi bolso!

SALDA. ¿Eh?...

DAMIA. Lo trae el chico de la confitería, con este otro paquetito, que dejó la señorita sobre el mostrador.

ALDON. ¿Otro paquete?... No; ése no es mío. Se ha confundido. Por lo visto no soy yo la única persona que deja las cosas olvidadas.

DAMIA. *(Dándole el paquete.)* Vea la señorita, por si acaso...

ALDON. ¡Anda! Es verdad. ¡Pero si son las pastillas de Vichy que te compré en la farmacia!... ¡Qué cabeza tengo! ¡Claro, no puede una estar en todo!... *(A Damiana.)* Dele al chico dos gracias y dígale que muchísimas pesetas... ¡Ay, qué tonta!... Bueno; ya usted me entiende.

DAMIA. Sí, señora. *(Mutis.)*

ALDON. ¿No te dije? Todo ha parecido. San Antonio no me falla ni por casualidad.

SALDA. Más vale así, mujer; que sea enhorabuena.

ALDON. Toma; aquí tienes las pastillas. Para que veas que me acuerdo constantemente de ti.

SALDA. Ya he visto, ya; muchas gracias.

ALDON. *(Fijándose en una de las cartas que Saldaña*

tiene abiertas.) ¿Sepúlveda?... ¿Te escriben los parientes de Sepúlveda?

SALDA. Los parientes de Sepúlveda, los de Escalona y los de Olmedo. Y todos vienen a decir lo mismo: me dan la enhorabuena por haber salido con vida de la enfermedad. Todos dicen que se disponían a ponerse en camino cuando les llegó tu telegrama de "fuera de peligro". Sin duda lo pusiste circular.

ALDON. Claro; para contenerlos. Ya estaba viendo la invasión; la casa convertida en un gran hotel.

SALDA. Debiste dejarlos. Las familias antiguas, como la nuestra, sólo se reúnen para solemnizar acontecimientos tristes: entierros o bodas.

ALDON. *(Suspirando tristemente.)* ¡Ay! Las bodas han sido bien pocas.

SALDA. Mira, aquí tienes una carta un poco discorde. Más que felicitarme, parece que me da el pésame por no haber hecho el viaje definitivo.

ALDON. ¿Es posible?

SALDA. *(Leyendo.)* "Dios ha escuchado mis oraciones, devolviéndote la salud. Así convendrá cuando El lo dispone."

ALDON. La monjita; como si lo viera.

SALDA. La misma. Tenemos una hermana que es una santa.

ALDON. *(Que si es muda revienta.)* ¡Que es una tonta!

SALDA. No eres justa con Teresa, Aldonza. Si cuando me encontré viudo no hubiera solemnizado yo sus votos, se habría quedado en el mundo, como tú, para ser mi consuelo, mi compañía y el ángel custodio de mi hija.

ALDON. Desde luego, sí; es posible. Pero el caso es que a mí me ha tocado la china. Y no es que me queje; al contrario. Estoy muy a gusto con vosotros. ¿Con quién mejor?

SALDA. Muchísimas gracias.

ALDON. Sin gracias ni pamplinas. No lo digo por eso. Lo digo al tanto de que yo vivo en el mundo, y he tenido que resistir las tentaciones, y que

luchar y que vencer en los diarios combates de la vida... ¿Por qué me miras así?

SALDA. Como esos combates se habrán librado en tu mundo interior, no me he dado cuenta...

ALDON. ¿Creías que era de palo? Recuerda que estuve a la muerte cuando se deshizo mi boda con el primo Germán.

SALDA. Muy cierto.

ALDON. Boda que se deshizo por las cizañas de la monjita. ¡¡¡De la monjita!!! Que si Germán era un libertino; que si tenía un lío en cada esquina... Y era verdad; pero esas verdades no deben decirse nunca porque ya ves las consecuencias que traen: la soltería, la esterilidad, el folletonismo y la estupidez.

SALDA. *(Riendo.)* Me hace gracia.

ALDON. En fin, todavía... ¿Quién sabe?...

SALDA. *(Asombrado.)* ¿Aún tienes esperanzas?

ALDON. ¿De que Germán vuelva? No. Eso ya, al cabo de tantos años... *(Suspira dolorosamente.)* Mira: y lo que me molesta es lo agradecido que él me está por haberle dado aquellas calabazas. ¡Me llevan los demonios!

SALDA. *(Por una carta que tiene en la mano.)* Entérate de estos renglones.

ALDON. ¿Qué?

SALDA. El administrador de Madrid me anuncia la salida para ésta del ingeniero de la Hacienda, que viene a entender en nuestra alzada contra las valoraciones del Catastro. *(Bocina de automóvil dentro.)* ¿Eh? ¿Un auto por el carrililllo de los Alamos?... ¿Será él?

ALDON. Aguarda. *(Se asoma al foro. Pausa.)*

SALDA. ¿Quién es?

ALDON. *(Emocionadísima.)* ¡Ay!

SALDA. ¿Qué?

ALDON. ¡Germán!... ¡El primo Germán!...

SALDA. ¡Qué cosa tan rara!... *(Levantándose para salirle al encuentro.)* ¿Qué hueso se le habrá roto?...

ALDON. A juzgar por la agilidad con que salta del co-

che, ninguno. Ahora, que se lo romperá el mejor día; porque con la vida que hace... Cuidado que yo no hago más que meterle en aprensión... Pero sí, sí... ¡Qué buen tipo tiene!...

SALDA. *(Viéndole llegar.)* Está hecho un muchacho. Y luego, tan atildado siempre...

ALDON. *(Retirándose por el foro para que no vea su hermano lo quemadísima que está.)* ¡Ay, la monjita! ¡Buena me la jugó a mí la monjita! En el purgatorio le voy a dar unas zambullidas...

GERM. *(Apareciendo por el foro.)* ¡Jeimillo!... ¡Pero hombre!...

SALDA. ¡Muchacho!... *(Se abrazan. Germán es el arquetipo del señor mundano y elegante. Tiene cincuenta años. pero reúne más atractivos que cualquier muchacho de veinticinco. Es muy despejado, muy simpático, tiene un gran charla y tiene, sobre todas las cosas, alegría, animación, vida, luz.)*

GERM. *(Separándose de Saldaña para contemplarle a su sabor.)* Deja que te mire, chiquillo. ¡Pero si estás muy bien! Buen color, mirada limpia, expresión alegre, firmeza... ¡Vamos, hombre! Siempre fuiste un ser contradictorio. Ahora, en lugar de morirte, has rejuvenecido. La cuestión era no hacer lo que los demás.

SALDA. En efecto; de mal como el mío pocos se escapan. Ha sido un milagro.

GERM. Creámoslo así. Eso conforta, por lo menos.

ALDON. ¡Descreidote!

GERM. ¿Eh? Pero ¿estabas ahí? Perdona, mujer. *(Alargándole la mano.)* ¿Qué tal?

ALDON. Muy contenta de verte, descastado.

GERM. ¿Descastado? Eso sí que no. Ya sabes que yo te recuerdo con muchísimo gusto, y que eres la única mujer a quien yo he querido de veras...

ALDON. *(Cariñosa y coquetamente.)* Embustero...

GERM. Y a quien sigo queriendo ahora por agradecimiento.

ALDON. *(Seria.)* ¿Ya vas a empezar?

GERM. Porque, después de mi madre, que me dió el ser, tú me diste la felicidad, haciéndome ver que yo no servía para casado.

ALDON. Bien, bien.

GERM. Tú no tienes idea de lo agradecido que yo te estoy. Aquellas calabazas fueron las calabazas más justas y más oportunas que se han dado en el mundo.

SALDA. No le digas eso, que no le gusta.

GERM. Te advierto que siempre que llego a casa, después de alguna excursión borrascosa, entro gritando: "¡Viva Aldonza Saldaña!"

ALDON. Te suplico que no me mortifiques.

GERM. ¡Pero si es verdad! Porque es que pienso: "Bueno; si yo estuviera casado, tendría ahora una escena terrible con mi mujer, o tendría que idear alguna disculpa para justificar mi ausencia, cosa que es más fatigosa todavía." *(Ríe Saldaña.)*

ALDON. En cambio estarías mejor conservado. Porque, hijo, te estoy viendo a toda luz y estás muy viejo, Germán. Tienes muchísimas arrugas.

GERM. Es que están esas carreteras...

ALDON. Además, el pelo se va cansando del tinte, y rubiaqueas muchísimo.

GERM. Sí, ya lo he visto; y no sabes lo que me ilusiona la idea de acabar en rubio. Es un color que me va.

ALDON. Sí, tú tómalo a chacota; pero te queda ya muy poco que gozar en este mundo, Germán.

GERM. Mujer, no me asustes; por Dios.

ALDON. A tu edad, cuando se pierde la salud, no vuelve ya a recuperarse, y como estás tan gastado y haces esa vida...

GERM. ¡Bah! ¡Bah!...

ALDON. El mejor día... la parálisis...

GERM. ¡Caramba, Aldonza! ¿Es ésa tu caridad?

ALDON. Caridad es avisar: dar la voz de alarma a los que caminan ciegos hacia su perdición.

GERM. Caridad es dar de comer al hambriento.

ALDON. Eso es misericordia.

GERM. Pues ten misericordia, porque no he desayunado. *(A un movimiento de Aldonza.)* ¡Ah! Nada de café con leche, ni de bizcochitos de plantilla. Ahora estoy a régimen: un régimen muy severo.

SALDA. ¿También tú? ¡Ay, ay, ay!...

ALDON. ¿Estás viendo? Si no puede ser, Germán. Tanto va el cántaro a la fuente... ¿Qué tomas? ¿Algún puré?...

GERM. Sí, de jamón; pero en lonchas, ¿sabes? *(Ríe Saldaña.)* Luego una ensaladilla, un poco de carne fría, un par de copas del añejo y, de postre, algo dulce. ¿Te acuerdas de aquellas deliciosas mermeladas que preparabas tú? ¡Oh! Las de fresa eran mis favoritas.

ALDON. Pues de fresa creo que no hay. Tengo de ciruela y de calabaza.

GERM. De ciruela. La calabaza para otro. Conmigo cumpliste sobradamente. Guárdala, por si se cae una viga...

ALDON. *(Molesta.)* Hombre, y sin que se caiga. ¡Quién sabe!

GERM. ¿Eh? ¿Pero hay moros en la costa? No es posible. ¿Verdad, Jaime?

ALDON. ¿Tan vieja me encuentras?

GERM. Para eso, sí. ¿Dónde vas con tus años y tus achaques?

ALDON. Vienes versallesco.

GERM. Es que por las mañanas veo yo las cosas con una gran claridad.

ALDON. Las ves y las dices.

GERM. Bueno; no te disgustes conmigo, Aldoncita, y, si te disgustas, no represalies al darme el desayuno. Recuerda, en cambio, lo que te he querido, y lo que te quiero.

ALDON. ¡Sí, sí!... *(Venciendo su emoción.)* Voy a hacer que te sirvan, condenado. Veré si queda

algo de fresa. *(Haciendo mutis.)* (¡Qué guapo está!... ¡Ay, la monjita!...) *(Vase por la derecha.)*

GERM. Yá sé que te han escrito todos los parientes.

SALDA. Sí; todos, al recibir mi carta notificándoles que, restablecido, me venía una temporada al campo, me escribieron, felicitándome.

GERM. ¡Qué ricos! Y el que menos, te ha puesto pleito dos veces. ¡Valiente hatajo de sinvergüenzas! ¡Ay, la familia! Ya tú sabes cómo yo la defino: conjunto de personas que llevan los mismos apellidos y que se disputan los mismos bienes. Y tú, menos mal, porque tienes una hija y ninguno de estos hipócritas piensa heredarte; pero yo, soltero y rico... ¡Qué coba me dan, Jaime! ¡Algunas veces me entran unos deseos de arruinarme!... Porque es que me ven tomar un "whisky" o un poco de melón helado, ¡y miran al vaso y a la tajada con un deleite!... Yo creo que piensan: "¡A ver si con esto revienta de una vez!"

SALDA. Harás justicia desheredando a los que sospeches que piensan así.

GERM. ¿Y que? El sobrino es un malvado que en todo caso te desea la muerte: si le dejas, por heredar, y si no le dejas, por venganza.

SALDA. ¡Si vieras con qué pena te oigo! Antes participaba yo de muchos de tus juicios severos. Hoy me hacen daño. Y es que he cambiado muchísimo. Cuando tuve por cierto que moría, estoy seguro de haberme salido de mí mismo, de haberme incorporado sobre mi cuerpo agónico y de haberle visto como lo verían quienes rodeaban el lecho. Y me vi tan poca cosa, tan miserable, que me perdoné a mí mismo y perdoné a los demás. Y ahora, al encontrarme de nuevo entre vosotros, os veo desde mi "más allá", desde donde os redimió mi perdón. Por eso me apena oírte.

GERM. Está bien. Te comprendo, te admiro y, si quieres, te acompaño y perdono, como tú perdo-

nas. Pero deja que ponga a cada nombre sus correspondientes adjetivos. Yo, al que es un granuja, no le quiero mal; pero le llamo granuja. Es cuestión de fidelidad al idioma. Por ejemplo, no quiero ni bien ni mal a esos dos médicos que tienes en tu casa; pero, por fidelidad al idioma, tengo que decirte que son unos farsantes.

SALDA. ¡Hombre, por Dios! Recuerda que yo estaba desahuciado por todos los médicos de la ciudad y que el doctor Albert me salvó la vida. En cuanto a su discípulo y ayudante, se quedó a mi lado aplicando escrupulosamente el plan de su maestro, y fué quien, de hecho, me curó. ¿Es mucho que les haya invitado a pasar unas semanas en esta finca?

GERM. Concedo que el viejo acertase y que el joven hiciese bien su trabajo. ¿Les pagaste sus minutas? Pues estáis en paz.

SALDA. Como queda uno con el sastre, ¿no es eso?

GERM. Claro. ¿Qué más da? Y te advierto que he venido aquí, no sólo a verte, sino a prevenirte.

SALDA. ¿A prevenirme, de quién?

GERM. De ese doctorcito que tenéis de huésped. Porque a ése que le pongan donde haya. Y como aquí hay una rica heredera, nuestro hombre no ha perdido el tiempo, y está enamorando a tu hija con todas las habilidades de un hombre de mundo, y acaso de un doctor, que no prescindirá de la sugestión ni de otros resortes si los necesita.

SALDA. ¡Arrea! ¡Arrea!... ¡Qué barbaridad! Ni que se tratara de una mala persona...

GERM. Has de saber que el joven aprovechado, al cortejar a tu hija, se porta como una mala persona con la hija de su maestro.

SALDA. ¿Con Pilar?

GERM. No tiene otra el doctor Albert. Pilar, que le animó a su padre a aceptar tu invitación para venir a cerciorarse.

SALDA. ¡Qué imaginación tienes, Germán! Porque me

figuro que todo esto no será más que una de las muchas novelas que te sugiere tu manía de pensar mal y hablar peor.

GERM. Quiá, hombre. Vengo perfectamente informado y documentado; porque... *(Rumor de voces en el jardín.)*

SALDA. *(Mirando hacia el foro.)* Calla.

GERM. *(Idem.)* ¿Eh?

SALDA. Es la hija del doctor...

GERM. *(Asomándose.)* ¡Guapa, Jaimillo! ¡Un bombón! ¡Ya lo creo!... Con treinta años menos, armaba yo aquí un zipizape...

SALDA. Vamos, vamos...

GERM. Un bombón de la Mahonesa.

SALDA. ¡Goloso!

PILAR. *(Por la puerta del foro, hablando con alguien que queda en el jardín.)* Sí, mujer, sí. Yo se lo diré... *(Entrando.)* ¡Oh!... Buenos días, don Jaime... *(Pilar, que como dice Germán, es un bombón, y de la Mahonesa, que son los más ricos, trae unas flores.)*

SALDA. Buenos días. *(Presentando.)* Pilar Albert, hija del famoso doctor... Mi primo Germán...

PILAR. ¡Ah! El amigo y confidente de Paquita Cáceres, mi amiga más íntima... He oído hablar mucho de usted.

GERM. Y yo de usted, señorita. No sabe cuánto celebro el conocerla ahora personalmente. Muy guapa.

PILAR. ¡Por Dios!...

GERM. Muy guapa, y con toda la alegría y el aroma de la primavera.

PILAR. Claro, traigo flores...

GERM. Trae usted flores y belleza y...

SALDA. Tú, que te sobran esos treinta años...

GERM. Tantos como treinta. . Me sobran unos diez nada más.

SALDA. Con que sobre uno es suficiente, ¿verdad?

PILAR. *(Maliciosamente.)* No entiendo de eso.

SALDA. Ha madrugado usted mucho.

PILAR. Muchísimo. He visto amanecer. Me desperta-

ron los gorriones. *(A Germán.)* Muy poco poético, ¿verdad? Las ramas de los álamos están muy cerca de mi ventana; duermen en ellas millares de gorriones, y esta mañana se traían un jaleo de tal calibre que, vaya, me despertaron y salí a verlos.

GERM. Yo hubiera salido a matarlos.

PILAR. ¡Qué fiera, por Dios!

GERM. En serio. Odio al gorrión.

PILAR. Pues, una vez en el campo, no tienen ustedes una idea de lo que me alegré del madrugón; porque la salida del sol es un espectáculo lindísimo.

GERM. Y sano; sobre todo, sano. Yo no me acuesto nunca sin haberlo visto salir.

SALDA. ¡Germán!

GERM. Bueno; sin saber que ha salido.

SALDA. *(A Pilar.)* ¡Dice unas atrocidades!

PILAR. Ya sé, por Paquita Cáceres, que es un señor que "tiene cosas..."

GERM. *(Tristemente.)* Tenía. *(Suspirando.)* No soy ya ni sombra de lo que fuí. Desde que se cumplen los cuarenta... *(Ríe Pilar.)* Jaime me ha hecho saber que debe la vida a la sabiduría de su padre.

PILAR. Mi padre no dice eso; dice que el señor Saldaña tenía que vivir.

GERM. Con el auxilio de la ciencia del doctor Albert, aplicada por manos tan hábiles como las de su ayudante, don Luciano Rovira, que creo que es un muchacho que vale mucho.

PILAR. Muchísimo.

GERM. ¿Le conoce usted bien?

PILAR. Figúrese: me llama algunas veces su hermana...

GERM. ¡Ah!...

PILAR. Ha crecido a mi lado. Es como un hijo espiritual de mi padre; heredero de su saber y espejo de su laboriosidad.

SALDA. Por cierto que a los dos se les han pegado hoy las sábanas.

PILAR. No; papá está levantado desde muy temprano. Tuvo mucho correo, y está despachándolo. Con tal de que algún cliente no nos estropee estas vacaciones...

AURO. *(Apareciendo en el rellano de la escalera.)* Pero ¿está aquí el tío Germán? *(Baja corriendo. Es una muchacha también monísima y "abombonada".)* ¡Tío!...

GERM. ¡Muchacha!... *(Después de abrazarla, reteniéndola asidas las manos.)* ¡Qué bárbara!.. ¡Qué bien estás!... ¡Y cómo te pareces a tu madre!...

SALDA. *(Tristemente.)* ¿Verdad?

GERM. Eres profunda, cálidamente mujer, como ella, y, como ella, inspirarás también grandes pasiones. Tienes el aura trascendental, sobrina.

AURO. Vamos, no empieces.

GERM. Has tenido una gran fortuna al no salir parecida a las mujeres de nuestra familia. *(Entra Aldonza en escena.)* Todas han sido fúnebres, gazmoñas, tarasconas, sosas, jetudas.

ALDON. Hombre, muchísimas gracias.

GERM. Menos tú, Aldoncita; que por eso yo te elegí, y gracias a tu talento no cargué contigo, digo, no cargaste conmigo.

ALDON. Bueno, bueno. Cuando quieras puedes pasar al comedor.

GERM. Ahora mismo.

SALDA. Te acompaño. *(A Aurora.)* Si viene un ingeniero, a quien estoy esperando, me mandas aviso.

AURO. Sí, papá.

GERM. Hasta ahora. *(Inicia el mutis.)*

ALDON. *(A Germán.)* Tienes mermelada de fresa.

GERM. ¿Es de veras? Un nuevo favor que tengo que agradecerte.

ALDON. *(Quemadísima.)* No hables más de favores, caramba, que te pones pasadísimo... *(Se van, por la derecha, Aldonza, Germán y Saldaña.)*

PILAR. Es muy simpático su tío de usted.

AURO. ¿Insiste usted en no tutearme? ¿No quiere mi confianza?

PILAR. ¡Desde ahora!... ¡Qué guapa estás! Tu tío Germán tiene razón: es trascendente, es magnética tu juventud.

AURO. No os entiendo. Soy como soy. Dejemos ese tema. Dime de ti. ¿Te encuentras bien en el campo?

PILAR. ¡Entusiasmada! Vuestra finca es muy hermosa, y vosotros muy amables. Os agradezco mucho que le hayáis proporcionado a mi padre este descanso. Bien lo necesita. *(Pausa. Con intención.)* Y a Luciano también le favorecerá: trabaja demasiado.

AURO. *(Con intención a su vez.)* Es un hombre de mucha voluntad... *(Aurora coge de sobre la mesa una cerillera y estará jugando con ella hasta que se indique.)*

PILAR. En el caso de tu padre lo probó. Sólo una perseverancia, una tenacidad como la suya pudo hacer eficaz el dificilísimo tratamiento. Mi padre está maravillado.

AURO. Fueron dos meses de un esfuerzo increíble. Yo le estoy muy agradecida a Luciano.

PILAR. Debes estarlo. Y quererle.

AURO. Tú sí que le quieres, Pilar.

PILAR. *(Solapada.)* Todos le queremos en casa. Es como algo nuestro...

AURO. Como algo... tuyo.

PILAR. ¿Qué quieres decir?

AURO. Que, aunque nada os hayáis dicho, tú te consideras la prometida de Luciano.

PILAR. *(Siempre solapada, cautelosa.)* No eres tú la primera que supone eso. Todos creen que de nuestra intimidad ha de surgir inevitablemente lo otro... el cariño.

AURO. Y tú misma lo esperas.

PILAR. No se debe negar que todo es posible. Mas, por el momento, todos os equivocáis. A Luciano, su carrera le absorbe, le asume tan por entero, que no le deja pensar... ni menos sentir nada hacia ninguna mujer.

AURO. Pues, hija, yo no puedo creer que él, tan galante, no te haya insinuado alguna vez...

PILAR. No. Entre nosotros sería ridículo eso.

AURO. Me engañas.

PILAR. *(Sincera.)* No. ¿Para qué? Si entre Luciano y yo hubiera algún día algo más que este afecto de ahora..., por nuestro propio decoro, lo publicaríamos en seguida.

AURO. *(Convencida.)* En eso tienes razón.

PILAR. ¿En la cerillera de Luciano?

AURO. Sí. *(Azorada, la deja.)*

PILAR. La conozco; porque, precisamente, se la regalé yo. Ya la ha perdido. ¡Qué distraído es! Se parece un poco a tu tía Aldonza. Por lo menos las cosas que yo le regalo las deja siempre por ahí... *(Calla, entristecida. Pausa.)*

VICT. *(Un muchacho muy simpático y muy bien vestido, en la puerta del foro.)* ¿Se puede?

AURO. Adelante.

VICT. *(Después de mirar a una y a otra. A Aurora.)* Señora... *(A Pilar.)* Señorita...

AURO. *(Molesta.)* Señoritas, las dos.

VICT. Perdóneme... *(Tras una breve duda. A Aurora.)* ¿Está en casa su padre de usted?

PILAR. Ahora sí que ha acertado.

VICT. Menos mal.

AURO. Sí, está en casa. ¿Usted es el ingeniero que espera?

VICT. Sí, señorita.

PILAR. ¿Viene usted de Madrid?

VICT. De Madrid llegué anoche a la ciudad en el tren. Ahora vengo en automóvil desde la ciudad.

PILAR. Le habrá gustado el camino.

VICT. Ya lo creo. Es maravilloso. Se trata de uno de los rincones más bonitos y más fértiles de España.

PILAR. A mí, el otro día, me encantó.

AURO. *(Molesta, al ver que no le hacen caso.)* Siéntese, señor. Voy a avisar a mi padre. Hasta ahora. *(Mutis por la derecha.)*

VICT. *(Que no llega a sentarse y que no cesa de mirar la nuca a Pilar.)* (Es lo que más me gusta de las mujeres: el cogote. Con esta modita de ahora paso unos ratos...) *(Pausa.)* Es usted forastera... como yo.

PILAR. Paso aquí unos días, invitada. ¿Quiere usted decirme por qué le ha llamado señora a mi amiga?

VICT. ¡Qué sé yo! Tiene cara de no ser libre, de novia, por lo menos.

PILAR. ¡Jesús! Ya es intuición.

VICT. Observación: las mujeres enamoradas, que son vehementes, como su amiga, lo llevan en los ojos. *(Pausa. Seguro de acertar.)* Usted es de Madrid.

PILAR. Sí; de Madrid.

VICT. *(Que habla reconstruyendo un recuerdo.)* Allí la he visto a usted yo. ¿Dónde?... Espere usted... En la Comedia: en un concierto... Un programa Beethoven. . El vestido de usted era de un azul oscuro... Se asocian los recuerdos de la sinfonía y del color. Usted ocupaba una butaca dos o tres filas delante de mí... Llevaba usted un collarcito de aljófar, cuyo broche era un zafiro cuadrado... Yo, mientras oía el concierto, me fijé obstinadamente en el zafiro aquél. Deseaba verle a usted la cara, y el deseo se convirtió en necesidad, en angustiosa espera... Por fin, en un descanso, volvió usted la cabeza y me miró.

PILAR. De eso hace un año.

VICT. *(Con cierta emoción.)* ¿Lo recuerda usted también?

PILAR. No tiene importancia mi recuerdo. Estrené aquella tarde un vestido azul y... después la sugestión de sus palabras de usted han evocado lo demás. Seguramente le miraría, puesto que ahora no me parece absolutamente desconocido.

VICT. Desde entonces no nos hemos visto hasta hoy. Estoy seguro.

PILAR. Pues ahora nos veremos constantemente. ¿Permanecerá usted aquí mucho tiempo?

VICT. Me propongo regresar a la ciudad esta tarde.

PILAR. No le dejarán. Esta gente es muy cariñosa.

VICT. Sí; pero van a estar deseando perderme de vista. No seré persona grata...

PILAR. ¿Cuestión de intereses?

VICT. Sí, cuestión de intereses. Prosa... amazacotada. Los momentos en que una música agradable, unos ojos bonitos y una nuca preciosa nos invitan a soñar son en la vida poco frecuentes.

PILAR. *(Sin saber qué decir.)* Cuando usted lo dice...

VICT. Porque, cuidado que tiene usted una nuca preciosa...

PILAR. Le concedo que cultive la fidelidad de su memoria, y claro es que no puedo mandar en su imaginación. Pero le voy a rogar que sea comedido en sus palabras.

VICT. *(Desconcertado.)* ¡Válgame Dios! Soy un majadero. Me he ganado de golpe la antipatía de usted... Perdóneme. Me retiro. Ahí fuera esperaré que el señor Saldaña quiera recibirme.

PILAR. No tanto, hombre. Quédese. Se lo ruego... *(Rumor de voces dentro.)* Afortunadamente, ya está aquí el señor Saldaña.

SALDA. *(Entrando en escena.)* Bien venido, señor ingeniero.

VICT. Bien hallado, señor Saldaña.

PILAR. Les dejo.

SALDA. No nos estorba usted.

PILAR. Voy a ver qué hace mi padre. De seguro se ha puesto a leer o a escribir, y no es eso lo convenido. Ha venido aquí a descansar.

SALDA. Dígale usted que, si tarda mucho, iré yo a quitarle los papeles. *(A Víctor.)* Se trata del doctor Albert.

VICT. ¡Ah! Del insigne biólogo... ¿Es usted hija del grande hombre? La felicito.

PILAR. Gracias. *(Saluda graciosamente y se va por la escalera.)*

VICT. *(Viéndola ir, encandilado.)* ¡Nuca y azúcar!...

SALDA. ¿Qué?
VICT. Nada; perdone.
SALDA. Siéntese usted. Nos vamos a entender a escape.
VICT. Lo celebraría muchísimo. *(Se sientan los dos.)*
SALDA. Empiezo por decirle que me parecía ruinosa la contribución asignada a mis propiedades. Pero después lo he pensado mejor y he cambiado de modo de sentir. Esta finca está completamente abandonada, y, trabajándola, podría producir mucho, y tributar también mucho. Necesito un plan de cultivos y de aprovechamiento de las fuentes naturales. Vamos a mi despacho. Voy a entregarle los planos de la finca, para que se vaya orientando.
VICT. *(Estupefacto.)* Le aseguro que no esperaba encontrar en usted...
SALDA. No, si yo no pensaba antes de este modo; pero he estado a la muerte, y creo que ya me ha quedado una visión más exacta de las cosas. Vamos.
VICT. Sí, señor. *(Intenta marcharse por donde se fué Pilar.)*
SALDA. Por aquí. *(Se van por el primer término de la izquierda. Tras una breve pausa entra por la derecha Aldonza. Viene dada a todos los demonios.)*
ALDON. No; eso es ya demasiado. ¿Pero tan vieja estoy? *(Se mira en un espejo que habrá en cualquier mueble.)* No, caramba; no estoy tan vieja ni tan despreciable. Y si yo me cortara el pelo... No me lo corto. *(Suspiros.)* Lo que sucede es que él es un fresco, y como hay muchas mujeres jóvenes, pécoras, repécoras, que halagan a los viejos por su cuenta y razón... ¡Cómo está el mundo!
FARF. *(Por el foro.)* Buenos días, doña Aldonza.
ALDON. Buenos días, Farfán.
FARF. ¿Descansó?
ALDON. Descansé.
FARF. Mis plácemes. *(Este Farfán es un tipazo. Lo mismo puede tener treinta y dos años que cua-*

renta y uno. Viene caracterizado de intelectual, es decir, ropa algo anticuada y de un tono oscuro, gafas de concha, cabellera un poco artística y camisa de playa exageradamente abierta y escotada; no usa sombrero, y gasta sandalias de color y calcetines negros. Acercándose a la mesa que antes ocupaba Saldaña.) ¿Eh? ¿Ha despachado el correo el señor Saldaña?

ALDON. Se levantó temprano...

FARF. Y yo hoy me he retardado muchísimo... Me propuse enviar a Madrid los datos que he recogido en el Archivo Municipal...

ALDON. Ya sé que está usted haciendo unos estudios. .

FARF. Sí, estoy investigando el origen del apellido Velloso, que lleva en octavo lugar el señor Conde del Paso de Antuco.

ALDON. ¿Y ya lo ha averiguado usted?

FARF. Sí, señora. Por cierto que es antiquísimo. Casi puede asegurarse que el primer Velloso fué Adán.

ALDON. Claro.

FARF. Para mí, esa investigación era una cosa de primer año. Figúrese usted: yo he escrito la historia del hacha...

ALDON. Ah, ¿sí?

FARF. Y una historia mucho más interesante que la de Chulakostrón, el rey de Siam. Además, he publicado recientemente nueve tomos sobre el descubrimiento de la harina, y dando a conocer quiénes fueron los primeros pueblos que tuvieron la ocurrencia de moler el trigo.

ALDON. Muy interesante.

FARF. ¿Verdad? Pues la Academia de la Historia no me ha dicho ni pío. Que yo creí que iban a colgar los balcones al saber qué pueblos usaron las muelas por primera vez. Pero aquí las Academias no sirven para nada. Ya ve usted: esta de la Historia es la que sostiene que Colón no fué español.

ALDON. Entonces, ¿ha terminado usted ya sus trabajos?

FARF. Sí, señora.
ALDON. ¿Y se marcha usted a Madrid?
FARF. No, señora; todavía no. Aguardaré a que pase el verano. ¡Estoy tan bien aquí solo! "Qui bene latuit, bene vixit". Quien quiera vivir bien, viva lejos de todos. *(Suspira.)*
ALDON. Ya sé que no es usted feliz en su hogar, porque su esposa...
FARF. No me la recuerde usted, señora.
ALDON. ¡Y yo que creía que la quería usted tantísimo! Como lleva usted su retrato en los pasadores...
FARF. Era para tenerla en un puño. Pero, ni aun así. ¡Qué mujer, doña Aldonza! Y cuidado que al principio nos llevábamos bien; pero su padrastro, un hombre vulgar y cizañoso...
ALDON. ¡Ah! ¿Pero...?
FARF. Sí, señora; éramos uña y carne, y nos separó el padrastro.
ALDON. Pues de cara es guapa.
FARF. Ahora no. Está demasiado apabullada y hociquirroma.
ALDON. ¿Es gruesa o delgada?
FARF. Gordísima, señora. ¡Y de una obtusidad!... Cree que las sopas de letras las siembran los maestros de escuela. En cambio, de gramática parda puede doctorarse. ¡Y de ducha! A mí me impresionó por eso: porque era ducha.
ALDON. Es de Oviedo, ¿no? De Gedrez.
FARF. No, señora; el que es de Gedrez soy yo; aunque no voy nunca a Gedrez. Ella es de Bolivia, de Ichoca. Y choca. ¡Es tan grande! ¡Tan abultada!... Cuidado que a mí me gustan llenas; lo confieso; pero, caramba, tan rebosantes... *(Ríe Aldonza.)* Es gelatinuda, haragana y de una pesadez que cuando se muera y vaya a la Gloria, va a darse cuenta exacta el Sumo Hacedor de lo que es la eternidad.
ALDON. *(Riendo.)* ¡Jesús!
FARF. Pues, ¿y comiendo? ¡Asusta! Siempre con un hambre calagurritana, un hambre de náufrago... Hay días que se come veinte roscas. Ella

dice que la rosca es el pan que más le gusta... porque es pan de pico. *(Ríe Aldonza.)* Usted se ríe; pero crea usted que soy el hombre más desgraciado de la tierra.

ALDON. Siento que esté usted de tan mal humor; porque pensaba complicarle en una broma que quiero darle a un pariente mío.

FARF. ¿Eh?

ALDON. Nada; una tontería; un pariente con quien tuve relaciones en otro tiempo, y que ahora siente por mí el más profundo de los desdenes... Me dijo, hace un momento, que yo no podía inspirar ya pasiones de ninguna clase. Yo, herida, le contesté que precisamente tenía un pretendiente de lo más formal: él se rió de la noticia hasta atorarse, y yo, con tal de darle en la cabeza, no sé lo que daría por encontrar a alguien que siguiera por unos minutos esta broma de la pretensión...

FARF. Si no es más que eso, doña Aldonza... Yo honradísimo. ¡Qué más quisiera yo!

ALDON. *(Complacidísima.)* ¡Por Dios, Farfán!...

FARF. Honradísimo.

ALDON. Gracias.

FARF. *(Tomando las cartas que habrá sobre la mesa.)* Voy a pasar al despacho...

ALDON. Sí, señor.

FARF. *(Desde la puerta de la izquierda primer término, saludando rendidamente.)* Y repito que honradísimo.

ALDON. Repito que gracias. *(Vase Farfán.)* ¡Pobre hombre! *(Se oye a Germán hablar dentro.)* ¿Eh?...

GERM. *(Entrando en escena.)* Bueno, voy a decirle al chófer que nos vamos.

ALDON. ¿Tan pronto?

GERM. Sí; tengo que hacer en la finca.

ALDON. Siento que te marches sin conocer a...

GERM. Vamos, vamos; no digas tonterías, Aldonza. Qué vas a tener a tus años...

ALDON. *(Quemada.)* Te advierto que soy capaz de llamarle.

GERM. ¿Eh? ¿Pero está aquí?...

ALDON. Es el nuevo secretario de Jaime. *(Mirando hacia la izquierda.)* Qué casualidad: aquí sale.

FARF. *(Entrando en escena.)* Dice que ha dejado aquí su pluma estilográfica...

GERM. *(Asombrado al verle.)* ¡¡Farfán!!

FARF. *(Alegremente sorprendido.)* ¡Señor Lacasa!

GERM. Pero ¿qué dice? ¿Que usted es el pretendiente?...

FARF. No, señor. ¡Qué voy a pretender! Ella que me suplicó... *(A Aldonza.)* Perdóneme. *(Por Germán.)* Fué testigo de mi boda... *(Coge de sobre la mesa la pluma estilográfica de Saldaña y se va de nuevo por la izquierda, primera puerta, diciendo a Aldonza:)* Perdóneme.

GERM. *(Muerto de risa.)* De manera que... *(Ríe.)* Cerón Farfán... *(Vuelve a reír.)* ¡Magnífico! Y todo por... ¡Ja, ja, ja!... *(Vase riendo por el foro.)*

ALDON. ¡No! ¡Esto, no! ¡A mí, no! *(Haciendo mutis por la derecha, al mismo tiempo que entra Aurora por la puerta de esta misma lateral.)* ¡A mí, no!

AURO. ¿Qué sucede, tía?

ALDON. ¡Nada! ¡No sucede nada! ¡No sucede nunca nada! *(Mutis.)*

AURO. Está bien. *(Aparece en la escalera Luciano, hombre joven, elegante y distinguido.)* Vamos, hombre; ya era hora.

LUCIA. *(Desde el rellano.)* ¿Podemos hablar?

AURO. Y tenemos que hablar. Ven. Poco has madrugado esta mañana.

LUCIA. Pues no he podido dormir, Aurora. Me desvelas.

AURO. En cambio a mí me haces soñar toda la noche. ¿Qué es más significativo?

LUCIA. Estoy seguro de que soñando no dudas de mí.

AURO. Ni despierta tampoco, cuando tú estás presen-

te. Me miras y no sé lo que pasa por mí. Tienes mirada de mando.

LUCIA. *(Con orgullo.)* Soy tu destino, chiquilla. Me perteneces.

AURO. He perdido la voluntad. ¿Qué harás de mí?

LUCIA. ¿Todavía temores? ¿Todavía celos?

AURO. No lo sé. Hoy la he visto, la he hablado y me pareció que decía la verdad: que no hay nada entre vosotros. Sin embargo..., ¡qué sé yo! Me da miedo.

LUCIA. Ya no debemos esperar más. Hoy declararé nuestras relaciones. Hoy pediré tu mano.

AURO. Todavía no.

LUCIA. ¿Por qué no?

AURO. Todavía no. Todavía un poco de tiempo más en secreto nuestro cariño. ¡Esa mujer.., esa mujer es como un fantasma!...

LUCIA. ¡No!... No puedo respetar esa obsesión. El novio... y el médico no pueden respetarla. Hoy mismo, en seguida, diré a todos que nos hemos prometido, que nos queremos casar.

AURO. ¡No, no! *(Aparece Pilar en la escalera.)*

LUCIA. Sí, sí. *(Reteniendo las manos de Aurora, que se retorcerá como una llama.)* ¡Mujer mía!...

PILAR. *(Ahogando un grito de estupor.)* ¡Oh!... *(Se rehace. Luciano y Aurora se separan.)* Perdonad. No suponía; no sospechaba que ya... Me voy...

LUCIA. No, no, Pilar. Ven. Te lo ruego. Te lo rogamos. No sabes más de lo que van a saber todos hoy mismo.

PILAR. *(Dominando su emoción.)* Pues te felicito. Os felicito a los dos. *(Yendo hacia Aurora, que avergonzada, se habrá vuelto de espaldas.)* Tu rubor es natural, Aurora; pero es demasiado. El cariño no tiene por qué ocultarse como un delito. ¡Alégrate! Desde hoy te he de querer como una hermana, puesto que vas a hacer feliz a quien es algo nuestro y lo merece todo. ¡Quiérele! ¡Admírale! Vale mucho. ¡Con orgullo vas a llamarte su esposa!... *(Muy cariñosa*

y familiarmente.) Ea, no seas chiquilla. No llores...

AURO. Déjame, Pilar. ¡Déjame! No te puedo contestar. *(Se va por el foro.)*

LUCIA. Dispénsala. Se halla en un estado de sobreexcitación que la hace irresponsable.

PILAR. ¡Qué calladito lo teníais! Pero conmigo no os ha valido la reserva. Mucho antes de este momento lo sospechaba yo.

LUCIA. ¿Te indicó ella algo tal vez?

PILAR. No; fué un acto suyo el que me denunció que te quería. Un acto... "cómplice". De oíros hablar a mi padre y a ti de ese fenómeno, he aprendido a interpretarlo. Nuestras manos, a veces, revelan aquello que no queremos decir. Psicoanálisis, ¿no es eso? Aurora te quiere locamente. Es una mujer nacida para querer así; como tú necesitas que te quieran. Por eso ella tenía el secreto de tu inclinación, la llave de tu enigma. Por eso ha prendido en ti la pasión tan violentamente.

LUCIA. Entonces, ¿tú aplaudes mi decisión?

PILAR. Desde luego. Aurora es la mujer nacida para ti. Dichoso tú que la has encontrado.

LUCIA. Tienes mucho talento, Pilar. Ves las cosas con extraordinaria claridad. Por eso mismo... yo tenía que decirte...

PILAR. ¿Qué?

LUCIA. Son muchas las personas que, por lo obligado que yo estoy a tu padre, por nuestro trato asiduo, por las apariencias..., imaginaban... Yo mismo había pensado que iría a ser una de esas cosas que vienen de suyo, insensiblemente...

PILAR. ¿Qué cosa era ésa?

LUCIA. Mujer, todos daban por sabido que acabaríamos tú y yo... casándonos.

PILAR. ¿Todos?... Pues se han equivocado todos.

LUCIA. Yo te debía esta explicación...

PILAR. No me debes ninguna explicación, Luciano.

(Esforzándose por ocultar su tortura.) Claro que, habiéndonos formado juntos, habiéndonos asomado a la vida al mismo tiempo, no hubiera sido raro... Hasta parecía lo más probable. ¡Tan cerca el uno del otro!... Pero no ha sucedido así. Otra mujer ha llenado de pronto tu vida... ¡y tú no eres culpable! Nada te obligaba a mí. ¿Por qué querer darme una explicación? No me la debes, hombre. Sigue tu camino. Haz tu gusto. *(Costándole un gran dolor la mentira.)* Mira, yo no había pensado en eso. ¿Comprendes? No había pensado nunca en ser la mujer de nadie. Y, claro es que, al no haber pensado en nadie..., no había pensado en ti.

LUCIA. ¡Cómo me tranquiliza oírte! Porque, la verdad, estoy tan enamorado de Aurora...

PILAR. ¡Ya lo creo que lo estás! Basta oír cómo dices su nombre.

LUCIA. Y el caso es que ella..., la pobre... Como todos decían...

PILAR. ¿Está celosa de mí? *(Luciano baja la cabeza, sin contestar.)* No temas: yo misma disiparé sus celos. Una novia celosa hace sufrir. Yo la convenceré.

LUCIA. Te lo agradeceré toda mi vida.

PILAR. De mi cuenta corre. Y, anda, anda a su lado. Estando ella celosa, esto que hacemos es una temeridad. ¡Se acrecentarán sus sospechas!... Anda, anda a su lado... ¡Vete, hombre!

LUCIA. *(Inicia el mutis.)* Pero completamente seguro de...

PILAR. Anda, anda...

LUCIA. Tienes un gran talento... y un gran corazón. Hasta luego. *(Se va por el foro.)*

PILAR. *(Le sigue con la vista, y luego, ya sin fuerzas, se deja caer, rendida, en un sillón, los codos sobre la mesa y la cara entre las manos.)* ¡Dios mío! *(Pausa.)*

(Víctor entra en escena, con ánimo de irse por

el foro, y, al reparar en Pilar, se detiene y la contempla con arrobamiento.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Gabinete lujoso. Puede tener planta irregular, a gusto del escenógrafo. Son necesarias dos puertas: una a la izquierda, y otra a la derecha, que simula conducir a las habitaciones en que Luciano tiene su despacho y consulta. En los marcos de ambas puertas hay timbres. Es de día. En primavera.

(Al levantarse el telón están en escena Aurora, Saldaña, Luciano, Damiana y un Criado. Los dos últimos sirven el café y los licores. Aldonza tiene puestos unos quevedos de oro.)

SALDA. Créeme que Dios, al darnos el señorío de la naturaleza, nos puso en excelentes condiciones de ser dichosos. Pero nosotros nos obstinamos en no ser felices y hemos convertido el paraíso terrenal en valle de lágrimas. Nosotros, sólo nosotros, hemos creado aquello que en la naturaleza no existe. Hemos creado el mal.

LUCIA. Bueno; todo ese discurso viene a cuento de mi choque con el doctor Albert, ¿no?

SALDA. *(Con severidad.)* Se comenta mucho el incidente, Luciano. Y si como médico has alcanzado un triunfo, como hombre la opinión te juzga muy desfavorablemente.

LUCIA. Entonces usted cree que por respeto al maestro debí callarme, asentir a un diagnóstico disparatado y dejar que se muriese Su Alteza. ¿No es así?

SALDA. ¡Eso, no! Pero se dice que aprovechaste la

nombradía del paciente y lo ruidoso del caso para darle un golpe de muerte a la reputación de tu maestro.

LUCIA. *(Con cinismo.)* ¡Iba yo a despreciar una ocasión, a no sacar partido de un acierto, por si le hacía bien o mal a Albert!... ¡Quiá, hombre! No es eso lo humano.

SALDA. *(Muy severo aún.)* Lo que es inhumano es poner de relieve un error, acaso el único, de un hombre tan sabio como tu maestro y que tan bueno fué para ti. Todo se lo debes y así le pagas.

LUCIA. *(Con sequedad.)* Mire usted, don Jaime: como padre de mi mujèr y como jefe de la familia tiene usted mis respetos, mi veneración en los asuntos familiares. En los de mi profesión obraría usted discretamente absteniéndose de intervenir.

SALDA. *(Definitivo.)* Está bien. No me haré repetir la advertencia.

ALDON. Damiana.

DAMIA. Señorita...

ALDON. Haga el favor de traerme el abanico. Lo he dejado sobre la mesa del comedor.

DAMIA. *(Haciéndole ver que lo tiene delante.)* Lo tiene aquí la señorita.

ALDON. Es verdad; lo tengo delante de los ojos. ¡Qué tonta! Entonces, ¿qué he dejado allí? ¡Ah! Los quevedos. Tráigame los quevedos.

DAMIA. ¿Los quevedos?

ALDON. Sí, mujer, los quevedos, los quevedos.

AURO. Pero tía, por Dios, que los tienes puestos.

ALDON. ¿Eh? *(Quitándoselos.)* Ya decía yo que algo me molestaba...

SALDA. Estás peor cada vez, Aldonza; y de unos días a esta parte te noto nerviosísima, excitadísima.

ALDON. Nunca faltan preocupaciones...

SALDA. ¿Vas a tomar café? *(A Aldonza.)*

ALDON. No; me pongo tan excitadísima que salto. *(Damiana y el Criado retiran el servicio y hacen mutis por la izquierda.)*

LUCIA. *(Consultando su reloj.)* Bueno; es la hora de la consulta, hay gente esperando y se acabó, por mi parte, la sesión doméstica.

AURO. ¿Vas a salir luego?

LUCIA. Sí; voy a la Academia, y después... ¡Ah, sí, a comer con unos compañeros suramericanos! Puedes disponer del coche.

AURO. ¡No, no!... Llévatelo tú. Yo voy de peletería y de modista. Tomaré un taxi.

LUCIA. Entonces..., hasta luego... y, por si me retiro tarde, hasta mañana. *(A los demás.)* Adiós. *(Mutis por la derecha.)*

ALDON. ¡Qué idilio!

SALDA. ¡Ya, ya!... ¡Qué desengaño!

AURO. ¿Vais a empezar con la monserga de siempre? Con vosotros no se sabe cómo acertar. Cuando estábamos cariñosos también nos criticabais como ahora.

ALDON. Es que era también una exageración...

SALDA. No me explico lo que pasa por vosotros. Sin términos medios habéis saltado de un cariño exagerado a una exagerada indiferencia; como si el hijo que os nació hubiera dejado exhaustas de afecto vuestras vidas. Porque es que no queréis ni a vuestro propio hijo.

AURO. ¡Por Dios, papá! ¡Qué espanto!... Cualquiera que te oyese...

SALDA. ¿Dónde está el niño?

AURO. ¿Dónde va a estar? En el Retiro, con su nodriza.

SALDA. Es verdad, sí; mientras haya una buena madre de alquiler.

AURO. *(Riendo sin ganas.)* ¡Jesús, qué antiguo es eso!...

ALDON. Pero, vamos a ver: en confianza. ¿Se puede saber qué ha pasado entre Luciano y tú?

AURO. *(Desabrida.)* ¡Nada, tía! ¡Que no iba a ser eterna la luna de miel! Mi marido se ha entregado de lleno a su carrera, que es lo primero para él, y yo me arreglo mi vida.

SALDA. Llamas arreglar tu vida a pasarte la tarde y

la noche en reuniones y fiestas, muy vestida, muy pintada y sin la compañía de tu esposo.

AURO. ¡No hay que asustarse! Los sitios adonde voy yo son tan conocidos como honorables.

SALDA. ¡No faltaría más!

AURO. Pilar Albert, que es para vosotros el arquetipo de la honestidad y del buen tono, frecuenta los mismos lugares que yo.

SALDA. No es lo mismo, Aurora; en primer lugar es soltera, y además ha crecido en ese medio, conoce sus peligros.

AURO. ¡Ah! ¿Y yo no?... Bueno; hablemos de otra cosa. Desgraciadamente para mí, soy ya mayorcita y sé dónde me aprieta el zapato. *(A Saldaña.)* ¿Vas a salir?

SALDA. No tengo pensado nada; pero saldré. ¿Qué voy a hacer aquí?

ALDON. Yo estoy esperando una visita, que ya no puede tardar, y luego iré al Retiro a ver al pequeñín. Duerme en su cochecito como un santo. Algunas veces..., la gente, al pasar, cree que es hijo mío... ¡Me hace una gracia!... *(Saldaña y su hija la miran sin saber qué decirl..)* Indudablemente nací para ser madre. ¡Quién sabe aún!... *(Saldaña y Aurora la vuelven a mirar.)*

AURO. Me gusta que le dediques la tarde al chico. Así me voy yo más tranquila. Estas modistas son pesadísimas. Seguramente volveré tarde. Voy a escribir unas cartas y saldré dentro de media hora. Hasta luego. *(A Aldonza.)* Cuídame al pequeño, ¿eh? *(Se va por la izquierda.)*

SALDA. ¡Qué pena me da!

ALDON. Y a mí, Jaime. No hace dos años que se casaron, y ya como extraños... ¡Yo no seré así!

SALDA. ¿Sabes lo que te digo? Que este desagradable espectáculo no se aviene con mi carácter. Me ahoga este ambiente. Me vuelvo al campo.

ALDON. ¿Eh?

SALDA. El ingeniero me apremia para que vaya a ver nuestro cortijo, casi transformado en granja

modelo, y al cortijo me voy. Le estoy preparando al nietecillo la gran finca. Pongamos la ilusión en el niño, que no he de ver hombre, y en los árboles, que no he de ver con fruto. ¡Bah! Toda la vida es eso: la quimera del mañana. Qué, ¿estás decidida a acompañarme?

ALDON. No, Jaime. Yo no puedo ya acompañarte al campo.

SALDA. *(Extrañadísimo del tono y del rubor de Aldonza.)* ¿Y eso?

ALDON. *(Avergonzadísima.)* No soy libre.

SALDA. ¿Eh?

ALDON. No me preguntes más, porque casi no puedo hablarte de sonrojo; pero no soy libre

SALDA. ¿Qué quieres darme a entender, Aldonza?

ALDON. No me pidas explicaciones, por Dios; luego te diré. Aguardo una visita... *(Se oye a Germán hablar dentro.)*

SALDA. ¿Eh?... ¿Germán acaso?...

ALDON. No; Germán, no. ¡Ojalá!...

GERM. *(Entrando en escena por la izquierda.)* ¡Hola, queridos!

SALDA. Buenas tardes, Germán.

ALDON. Dios te guarde.

GERM. ¿Eh? ¿Qué sucede, qué tenéis esa cara?...

SALDA. *(Secamente.)* Nada.

ALDON. *(Secamente.)* ¡Qué va a suceder!...

GERM. *(Imitándola.)* ¡Qué va a suceder!... Pues cualquier cosa; porque esas caras tan largas no se tienen así porque sí, caramba, que parecéis dos políticos del antiguo régimen leyendo una nota oficiosa.

SALDA. Mira, déjate de comparaciones.

GERM. ¿Ha habido algún disgusto entre Luciano y Aurora?... Ya sé que cada uno anda por su lado... Era lo natural.

SALDA. ¿Lo natural?

GERM. Sí, hombre, sí. El amor es fuego y, como es fuego, en cuanto se consume el combustible..., se apaga.

ALDON. Eres un cínico, Germán.

GERM. Y tú una casta doncella, que no entiende ni una palabra de estas cosas.

ALDON. Yo entiendo más de lo que tú supones, y, en cuanto a mi doncellazgo, pasado mañana hablaremos.

GERM. *(Extrañadísimo.)* ¡Caramba!

SALDA. *(Imitándole.)* ¡Carape!

GERM. *(A Saldaña.)* ¿Pero tú oyes esto?

SALDA. Sí; de eso estábamos hablando cuando tú llegaste. Yo la invitaba a que me acompañase al campo, y ella me decía que no podía acompañarme, porque no era libre.

GERM. ¿Que no es libre?

ALDON. No soy libre, no. Estoy esperando una visita.

GERM. La policía quizá.

ALDON. *(Herida.)* ¡¡Germán!!... Aguardo al que ha de ser mi esposo.

SALDA. ¿Eh?

GERM. Ahora me explico lo del peinado a lo garsonne. La vestal se nos ha vuelto loca, Jaime.

ALDON. Cuerda, muy cuerda. Tan cuerda como cuando te di calabazas y afiancé mi felicidad.

GERM. ¡Y la mía!

ALDON. Eso de la tuya... Sabe Dios la de veces que vas a acordarte de mí cuando te veas enfermo y solo... en la vida.

GERM. Enfermo ya estoy.

SALDA.
ALDON. } ¿Qué?

GERM. Y como tal enfermo vengo. Pero como no era cosa de que esperase mi número, como cualquiera de esos cándidos que están ahí fuera, pues me he colado aquí, para que me digan ustedes si hay modo de avisar a Luciano.

SALDA. Sí, hombre. *(Levantándose.)* Mira, este timbre le avisa que hay alguien preferente o que ocurre algo...

GERM. ¡Ah! Vamos... Una farsa más. ¡De primera! Pues, toca, toca.

SALDA. Un solo golpe quiere decir que venga cuando

pueda, sin precipitaciones. *(Oprime el botón.)* Me figuro que tú no tendrás prisa...

GERM. Ninguna, hombre. Yo cuando me levanto dejo hecho todo cuanto tenía que hacer; porque como lo que tenía que hacer era dormir y ya he dormido... Tampoco él se dará mucha prisa si sabe que soy yo quien le espera; porque como a mí no ha de cobrarme... Y te advierto que eso es precisamente lo que me preocupa; porque, no cobrándome, al decirme que estoy enfermo, no creo que mienta...

SALDA. ¡Por Dios!...

ALDON. Pues no sabíamos nada...

GERM. Por lo visto, ese sinvergüenza guarda bien el secreto profesional. Sí, hija, sí; estoy en sus manos. No sé lo de cosas que me ha dicho.

SALDA. ¿Y qué te ha dispuesto?

GERM. Supresiones: Que suprima el tabaco, que suprima el alcohol, que suprima otras cosas, que. . ¡quién se acuerda ya de eso!... Que no trasnoche, que no vaya al casino, que no vaya a los cabarets, que cuidado con los excesos... ¡Ese canalla, para prolongarme la vida, me va a quitar la vida!

SALDA. Y tú que no creías en los médicos.

GERM. Ni creo. Pero..., por si acaso... Más pecadores se arrepienten por si acaso, que por la fe. En fin; yo lo que quiero es no morirme sin conocer al futuro esposo de Aldonza.

ALDON. Tú bromea, mófate; pero quién sabe lo que Dios te tendrá reservado.

GERM. ¡Quién sabe!

ALDON. Y debías pensar un poco más en El; y cambiar de vida y variar de conducta y abjurar de tus errores y confesar tus pecados, para que, cuando mueras, que no has de tardar mucho, puedas volar al cielo y estar toda la eternidad sentado a la derecha del Dios Padre.

GERM. ¡Sí que es un programita!

CRIAD. *(Entrando en escena por la izquierda.)* ¿Señor?

SALDA. ¿Qué hay?
CRIAD. *(Presentando una tarjeta.)* Este caballero...
SALDA. *(Leyendo.)* Cerón Farfán... ¡Hombre, el amigo Farfán!... *(Al Criado.)* Que pase. *(Vase el Criado.)*
GERM. No le veo hace un siglo.
SALDA. Ni yo. Desde que nos vinimos a Madrid... Es decir, desde antes; porque él se marchó del pueblo antes de terminar el verano...
FARF. *(Apareciendo por la izquierda.)* ¿Se puede?... *(Viene vestido de negro. En vez de las grandes gafas de concha trae un monóculo que se cambia de ojo según adonde tiene que mirar.)*
SALDA. Adelante, amigo Farfán.
FARF. *(Algo cohibido, estrechándole la mano.)* Don Jaime...
SALDA. Tanto gusto en verle, amigo mío.
FARF. Para mí es también un gusto y un honor. *(Estrechando la mano que le alarga Germán.)* ¡Don Germán!...
GERM. Lo mismo le digo, hombre.
FARF. E igual le repito, caballero. *(Mira a Aldonza y la sonríe levemente, sin acercarse a saludarla.)*
SALDA. Es mi hermana Aldonza. ¿No se acuerda de ella?
FARF. ¡Por Dios!... *(Aldonza y él se miran y bajan los ojos, avergonzados.)*
SALDA. *(Escamado.)* (¿Eh?)
GERM. (¿Qué?)
SALDA. Siéntese, Farfán.
FARF. *(Sentándose.)* Gracias. *(Toman asiento los cuatro. Pausa. Farfán y Aldonza vuelven a mirarse y a sonreír avergonzadísimos. Saldaña y Germán se miran también, como diciéndose mutuamente: "¿Pero qué es esto?")*
GERM. Viene usted de negro. ¿Luto, quizá?...
FARF. Sí. *(A Aldonza.)* ¿No saben?...
ALDON. No.
FARF. Mi esposa...
SALDA. ¿Murió, por fin?

FARF. Ayer hizo un año que quiso Dios que descansara.

GERM. ¿Quién?

FARF. *(Muy severamente.)* Ella, caballero.

GERM. ¡Ah!

FARF. Murió de obesidad aguda. Ciento sesenta kilos.

SALDA. ¡Qué horror!

FARF. No quiso regimentarse y estalló como un bólido. Cuidado que yo no hacía más que decirle: "Mira que si quieres adelgazar no debes ingerir viandas feculentas ni frutos mantequillosos, sino bebidas olerífugas o alimentos medicamentados..." Pero ella, ¡quiá! Vengan féculas y vengan grasas .. ¡Era mucha Romana!

SALDA. ¡Ya lo creo: ciento sesenta kilos!..

FARF. *(Secamente.)* Romana era su nombre, señor Saldaña.

SALDA. *(Apurado.)* Perdón; no sabía...

FARF. La pobre bien me fastidió, pero bien también se jangadó; porque se murió.

GERM. Habrá usted quedado harto de matrimonio.

FARF. No.

GERM. ¡Hombre!

FARF. Al contrario. Y lo digo con toda sinceridad. Ustedes me conocen y saben que ni sé fingir ni soy capaz de ir a parte alguna con engaños y comiquerías. A mí lo faranduleseo me molesta.

SALDA. Desde luego.

FARF. El matrimonio me atrae. Al morir mi esposa he quedado en la vida como el que ha pretendido hacer un viaje y, por venir el tren lleno, ha quedado en el andén, con sus maletas, esperando el paso de otro convoy.

GERM. *(Con intención.)* Ya. Y el nuevo convoy ha parado, por fin, en la estación; ¿no es eso?

FARF. *(Mirando a Aldonza, que baja la cabeza, avergonzada.)* Sí. He sabido esperar y, por fin, la felicidad se ha detenido en mi andén.

ALDON. *(Sonrojadísima.)* No digas tontunas...

SALDA. *(Levantándose, con la boca abierta.)* ¿Eh?...

GERM. *(A Saldaña.)* ¿Qué te parece?
SALDA. *(Que aún no ha vuelto de su asombro.)* ¿De manera que el convoy a que aludía es mi hermana?...
FARF. Sí. Ella, tan bondadosa, tan impresionable y, al par, tan meolluda.
ALDON. Vamos, calla.
SALDA. ¡Pero, Aldonza!... ¡Tú! ¡¡Tú!!...
ALDON. Sí, Jaime, sí; quiero que, al morir, una mano cariñosa cierre mis ojos.
GERM. Mujer, si lo haces por eso nada más...
ALDON. Tú quedarás con los ojos abiertos.
GERM. Así podré seguir viendo las tonterías que hagan los demás.
SALDA. *(A Aldonza.)* ¡Pero a tus años, criatura!...
ALDON. *(Molesta.)* ¿A mis años?
FARF. Si no hay años, señor Saldaña. ¿Quién habla de años? ¿Sabe usted lo que decían Halemon, el padre de Creta, y Constantinopolitano Magencio?
SALDA. *(Secamente.)* Ni lo sé, ni me interesa.
FARF. Perdón.
SALDA. ¡Qué disparate!... ¿Tú lo has pensado bien, Aldonza?
ALDON. Desde hace unos meses, Farfán y yo estamos de acuerdo, y lo tenemos todo arreglado para casarnos mañana a primera hora. No hay nada, pues, que objetar.
SALDA. ¡Está bien!
GERM. He roto a sudar sólo de pensarlo.
ALDON. *(Tiesa, buscando el cuerpo a cuerpo.)* ¿Tanto te impresiona el que yo me case con Cerón?
GERM. Por mí, como si te quieres casar con jamugas.
FARF. (Ordinario.)
GERM. Ya sabes lo que yo pienso del matrimonio, y conoces también mis opiniones sobre las mujeres. Como hechas de una costilla de Adán, me parecéis todas las mujeres un poco hueso.
ALDON. Muy amable.
FARF. A eso puedo contestar con un texto irrefuta-

ble. ¿Recuerda usted lo que decía San Pablo en su epístola a los Galatas?

GERM. No, señor; no lo recuerdo. Usted sí lo debe recordar; porque usted es uno de los "Galatas" más grandes que yo he conocido.

FARF. ¿Eh?...

GERM. (Me carga este Cerón.)

FARF. Por respeto al lugar no contesto al equívoco.

SALDA. En fin; puesto que es cosa resuelta, y nada hay que objetar, suplico a usted que pase a mi despacho, para que hablemos de intereses. Aldonza posee una gran fortuna, tiene participación en casi todos mis negocios y...

FARF. No me interesa ese aspecto de mi futura, señor Saldaña.

SALDA. Aunque no le interese, es indispensable.

ALDON. Sí, Cerón, sí.

FARF. Puesto que también ella lo cree pertinente..

GERM. Claro, hombre; ella, y usted, y todos. Aunque la cita no le parezca oportuna: "En guerras y en amor, es lo primero el dinero, el dinero y el dinero."

FARF. *(Muy molesto y muy engallado y terminando con un gran gesto de asco.)* Cuando el amor es puro y es veraz, el dinero... ¡puag!, el dinero... ¡puag! y el dinero... ¡puag!

ALDON. *(Indicándole la puerta de la izquierda.)* Pase usted.

FARF. ¡¡Puag!! *(Hace mutis olímpicamente.)*

ALDON. *(Haciendo mutis tras él. Por Germán.)* (Está negro. ¡Me alegro!) *(Muy sonriente.)* Adios, Germán.

GERM. Adiós... Manón. *(Vase Aldonza.)* Lo del verso que yo hice; que dicen que está mal medido, pero que es una verdad como un stadium:

Casamiento y mortaja
del cielo baja.
Mira qué suerte la mía

que por haberse enganchado el mío en una [nube,
pago muy a gusto el impuesto de soltería.

LUCIA. *(Entrando en escena por la derecha.)* Anda, ¿pero era usted el que había llamado? Cuánto siento haberle hecho esperar tantísimo. Se habrá usted aburrido como una ostra.

GERM. ¿Aburrirme? Quita, hombre. Pues menuda escena ha habido aquí para que se aburriera nadie.

LUCIA. ¿Qué ha sucedido?

GERM. La tía Aldonza que se nos casa con Cerón Farfán, el investigador, publicista, ateneísta y monserguista.

LUCIA. Sí, hombre. Lo sabía yo desde hace dos meses.

GERM. ¿Eh?

LUCIA. He sido su confidente. Gracias a mí encontró los papeles, que los dejó olvidados una tarde en casa de Turnié y otra en el Real Cinema.

GERM. Pues sigue con los papeles perdidos. ¿Has visto qué disparate?

LUCIA. Enorme; pero la culpa la tiene usted.

GERM. ¿Yo?...

LUCIA. Sí, señor. Se casa por darle a usted en la cabeza. Vamos, por demostrarle a usted que no está tan despreciable como usted la imagina. Es un caso de sugestión.

GERM. Mira, mira; a mí no me metas en líos. No me compliques en este vodevil. Que se casen, que sean muy felices y que yo los vea... para reírme.

LUCIA. Bueno, vamos a ver: ¿qué tal desde el otro día?

GERM. ¡Pchs!... ¡Tirando!

LUCIA. ¿No ha vuelto a sentir ninguna de esas molestias?

GERM. Hombre...

LUCIA. Vuelvo a repetirle lo que le dije el día pasado. Con una vida muy ordenada evitaremos el avance del mal.

GERM. Eso del orden y del método me entristece de una manera...

LUCIA. Pues hay que ahuyentar la tristeza. Hay que ser si no alegre, por lo menos optimista. El estado de ánimo del enfermo influye en estos casos... a veces de un modo decisivo.

GERM. Me recetas optimismo, paz interior, ¿no es eso?

LUCIA. A otros sería recetarles un imposible. Pero ¿a usted?... Soltero, rico... ¿Qué conflicto interior puede inquietarle? ¿Me quiere decir?... Ha tenido usted el talento de no complicarse la vida...

GERM. Es verdad. Que hay muchos que se la complican sin necesidad. Y, si no, ahí tienes a Aldonza. O ahí estás tú, qué caramba.

LUCIA. ¿Yo?

GERM. Tú, tú. No te hagas de nuevas.

LUCIA. *(Riendo.)* Tiene gracia.

GERM. No deja de tenerla eso de que el paciente se convierta en médico de su médico. Supondrás que aludo a tu enfermedad... matrimonial.

LUCIA. Ya me hago cargo.

GERM. ¿Quieres oír mi diagnóstico?

LUCIA. Será original.

GERM. Original, no; porque el caso tuyo es vulgarísimo. Mira: entre tu mentalidad y la de tu mujer hay un abismo.

LUCIA. Eso va bien.

GERM. Espiritualmente, os perdisteis de vista apenas casados.

LUCIA. Va bien, va bien.

GERM. Porque a la boda... no habían asistido vuestras almas.

LUCIA. *(Tristemente.)* Esa es la verdad.

GERM. Pues, pedazo de atún, ¿por qué no conquistas el alma de tu mujer? ¿Crees que te costaría tanto trabajo?... Con que tú empezaras entregándole la tuya...

LUCIA. *(Gratamente sorprendido.)* Caramba, tío Germán...

GERM. Qué, ¿te extraña que yo te hable así? Tú creías

que yo, en clase de psicólogo, era un besugo, ¿no? Pues lo soy; pero los años enseñan mucho, Luciano. Y como viejo, mejor aún, como aviejado por la vida, voy a darte un consejo, que no quiero que eches en saco roto. Conquista el alma de tu mujer o, de lo contrario, ten mucho cuidado con ella.

LUCIA. ¿Por qué dice usted eso?

GERM. Porque alma "soltera", cuerpo de cualquiera

LUCIA. ¿Tiene usted algún motivo para advertirme?.

GERM. No; no es más que psicología barata, muy barata, pero que a mí me va a costar el pellejo. Mi soltería de alma, ya ves cómo me tiene el cuerpo: hecho harina. ¡He vivido en constante regalo!...

LUCIA. *(Tras una breve pausa.)* Gracias por el consejo, don Germán.

GERM. Que te ha sentado de los perros, según veo. lo lamento; pero no rectifico.

LUCIA. Traía usted el propósito de decirme eso.

GERM. Lo traía. Quería quedar en paz contigo. Yo estaba una tarde tomando café muy tranquilo, cuando te me quedaste mirando y me dijiste: "Tío Germán; vaya usted mañana a mi consulta. Hay que medir la presión arterial." ¡Me fastidiaste! Pues ahora te fastidio yo a ti. ¡He descubierto tu dolencia! Estamos en paz. Anda, atiende a tu consulta y... vigila a tu mujer. ¡Ya vas aviado!

PILAR. *(Dentro.)* Diga usted a la señora que necesito verla antes de que salga y que esperaré todo el tiempo que sea preciso.

GERM. La hija del doctor Albert. Vendrá a pedirte una explicación bien difícil; porque te has portado con su padre como uno de los antiguos y desaparecidos cocheros de punto. *(A un gesto de Luciano.)* No me dirás que no.

LUCIA. Evíteme usted una escena enojosa. Dígala usted que estoy ocupadisimo.

GERM. Recíbela. Es lo correcto... *(Al ver aparecer a Pilar.)* y lo inevitable.

PILAR. *(Entrando en escena.)* Hola, don Germán.

GERM. Amiga Pilar... *(Saludos.)*

PILAR. A ti no contaba con verte. Tienes mucha gente esperando.

GERM. Sí; está atareadísimo. Por eso yo me voy. Adiós, chico. Adiós, Pilar. *(Reteniéndole la mano y suspirando.)* ¡Ay, si yo no hubiera cumplido los treinta y ocho años!... Pero los cumplí hace tanto tiempo... Qué lástima, ¿verdad?

PILAR. Sí, señor; qué lástima; porque usted, con cuarenta años menos...

GERM. *(Quemado.)* Vaya, adiós. *(Mutis por la izquierda.)*

PILAR. Es muy simpático. Por mí no te entretengas, Luciano. Yo vengo a buscar a tu mujer.

LUCIA. Entonces..., ¿no quieres nada conmigo?

PILAR. Me agrada saludarte y nada más.

LUCIA. ¿Nada más?

PILAR. ¿Por qué me lo preguntas?

LUCIA. Por si necesitabas algo; por si tenías que pedirme algo.

PILAR. No, nada. Anda a tu obligación.

LUCIA. En seguida voy. Mis ayudantes están sacando unas radiografías. Aún tardarán unos minutos; justo es que te los dedique.

PILAR. Gracias. Estarás muy contento. Todas tus aspiraciones satisfechas: nombre, dinero, felicidad...

LUCIA. No me quejo, no; al contrario. Mi éxito profesional es evidente. He tenido una suerte grandísima. Por ahí se me concede cierta importancia.

PILAR. Es que vales mucho. Mi padre lo decía ayer.

LUCIA. Ah...; ¿sí? ¿Qué decía tu padre?

PILAR. Pues me dijo: "Ese va muy lejos... ¿Quieres creer que me ha dado una lección?..." Y también me dijo que está quejoso de ti, porque hace un siglo que no vas a verle.

LUCIA. Ando siempre tan falto de tiempo... Discúlpame tú.

PILAR. Ya te disculpo, ya. Y mi padre se conforma.

En realidad, no debes tener tiempo para nada. Una vida así era tu ideal. Recuerdo que el tiempo era tu mayor enemigo. En cualquier cosa que no fuese el trabajo, te parecían las horas interminables.

LUCIA. No lo dirás por las que pasaba a tu lado.

PILAR. ¡Ah, ah!... Porque yo me daba maña para ahuyentar tu fastidio hablándote de tus proyectos... o de aquella parte de tus estudios que estaba al alcance de mi pobre cultura. De neurosis y de psicoanálisis llegué a saber algo de tanto oír. ¿Te acuerdas? A mi padre y a ti os hacían reír a veces mis juicios.

LUCIA. Tenías atisbos, intuiciones. Tu capacidad de asimilación y tu agilidad de pensamiento eran sorprendentes.

PILAR. ¡Qué bien lo pasábamos entonces! Ahora mi padre y yo también nos solemos ir en el coche al campo y darnos nuestros paseos. ¡Pero en silencio los dos! Andamos, andamos... sin decirnos nada...

LUCIA. ¡No volverán aquellos días de afanes y de sueños! ¡Todo aquello parece tan lejano!...

PILAR. Es natural. Vives de prisa, caminas velozmente, y claro, al volver la cabeza te encuentras a distancia del pasado. A mí, en cambio, todo aquello me da la sensación de que acaba de suceder. Es verdad, hijo mío, que yo no he avanzado nada: como me dejaste, lo mismo que me dejaste, así estoy. *(Temerosa de que la venda su emoción.)* Te estoy haciendo perder un tiempo precioso. Anda, vete a tu consulta. Conviene que los clientes esperen un poco; pero el que aguarda demasiado no suele volver.

LUCIA. *(Que por su parte también teme venderse.)* Sí, voy allá. Es necesario. Tú no te enfadas porque te deje, ¿verdad?

PILAR. ¿Quién piensa en eso? Adiós, Luciano. *(Le alarga la mano.)*

LUCIA. *(Estrechándosela efusivamente.)* Adiós, Pilar. *(Vase por la derecha.)*

PILAR. *(Abatida, desalentada.)* Y es verdad: así estoy. Como me dejó... ¡No sabrá nunca lo que me está haciendo sufrir! *(Queda sentada y cabizbaja de espaldas a la puerta de la izquierda. Pausa.)*

VICT. *(Entrando en escena por la puerta de la izquierda y deteniéndose al ver a Pilar.)* (Siempre me la encuentro de... nuca ¡Es un sino el que tengo!... *(Acercando mucho su cara al cuello de Pilar.)* Pilar.

PILAR. *(Asustada.)* ¡Eh!... ¡Ah! ¿Es usted? Siempre llega usted en la misma ocasión.

VICT. En la misma ocasión, no sé; pero, vamos, siempre me la encuentro a usted de... de...

PILAR. ¿De qué?

VICT. De... no sé cómo decírselo. De... coronilla. Por ahí le va. ¿La he asustado a usted?

PILAR. No; me ha sorprendido, que no es igual. ¿Ha venido usted siguiéndome?

VICT. *(Se advertirá que miente.)* No. La encuentro a usted aquí por una feliz casualidad.

PILAR. ¿No estaba usted hace un cuarto de hora en el Casino?...

VICT. Sí; allí estaba. ¡Caramba!, y parecía que no había usted mirado... Pues, sí, la vi pasar y... la he seguido. Yo no sé mentir, Pilar.

PILAR. Ni yo tampoco. Yo sé callar; pero no sé mentir. He venido a pie, y calculando que estaría usted en el Casino, porque era su hora, he pasado por aquella acera .. despacio... para que usted me viera y me siguiera.

VICT. ¡Siempre es uno torpe, caramba! He debido acercarme a usted en la calle...

PILAR. ¡Jamás intente usted tal cosa, Víctor! Le rechazaría a usted con violencia. Si a mí me ve usted sola con un hombre por la calle... o ese hombre es mi marido... o le falta muy poco para serlo. No olvide usted esta advertencia. *(Pausa breve, que Víctor aprovecha para mor-*

derse el labio inferior hasta hacerse daño.) He querido que hoy me siguiese usted para que nos viésemos aquí.

VICT. En ese caso, Pilar..., ¿quiere usted oírme?

PILAR. Mejor quiero que me oiga usted a mí.

VICT. A su gusto.

PILAR. Es necesario que pongamos fin a esta situación, Víctor. Me atormenta la obstinación de usted.

VICT. *(Abrumado.)* ¿Quiere usted matar mi única esperanza!... ¡Sea! No la importunaré más. ¡Está dicho! *(Pausa.)*

PILAR. Crea usted que me duele el ver así, acobardado, a un hombre tan fuerte como usted.

VICT. ¿Qué le vamos a hacer, Pilar? Yo mismo me reprocho esta falta de energías para hacer frente a la adversidad. No hay acuerdo entre mi pensar y mi hacer. Yo he analizado este sentimiento mío y lo encuentro... estúpido, indigno de mí.

PILAR. ¿Cómo?

VICT. Porque, mire usted: una pasión como ésta. cuando no es correspondida, cuando se da en uno solo, o es la manifestación de un instinto miserable, o es un sueño enfermizo. Una mujer a quien no conmovemos es para nosotros como si no existiese, como un mito. Y querer a un mito es sencillamente una locura.

PILAR. *(Con tristeza.)* ¡Una locura!

VICT. O una tontería. Vamos, una idiotez semejante a la de quien intentase a fuerza de gritos despertar a una estatua yacente.

PILAR. ¡Esa es la verdad, Víctor! ¡Esa es la verdad!

VICT. Pues eso me digo yo. Y me digo más. Me digo: "Debes conformarte y desistir... y olvidar..." Eso me digo muchas veces, y... sigo pensando en usted y sigo queriéndola a usted.

PILAR. *(Después de un momento, tomando una resolución.)* Voy a corresponder a su sinceridad, Víctor. Su nobleza lo merece. Yo también tengo mis monólogos, yo también suelo decirme:

"Víctor me quiere; es bueno, vale mucho, tiene todas mis simpatías... Tiene algo más, mucho más que mis simpatías..."

VICT. *(Esperanzado.)* ¿Eh?

PILAR. Voy a revelarle a usted lo más íntimo. Nada en mí..., nada en mí..., se opone a hacerle a usted dichoso... Esto es muy parecido al cariño; está en los linderos del cariño...

VICT. ¡Pilar!

PILAR. *(Haciéndole esperar con el ademán.)* ¡Yo sería su novia!... ¡Yo me casaría con usted! *(Se ve obligada a contenerle de nuevo, con el ademán.)* Pero hay un rincón, un reducto de alma... que no se rinde.

VICT. Pero es que...

PILAR. Oígame bien, Víctor; yo no sería enteramente de usted. Tendría que hacer una reserva mental; una voz en el fondo de mi conciencia me diría que no podría engañarme a mí misma... ¡Que estaba mintiéndonos a usted... y a mí! Esta es la situación, ésta es la verdad, sin atenuaciones, como se la debo a un hombre como usted. ¿Qué piensa usted ahora? ¿Por qué calla usted?

VICT. Si hablo, voy a preguntar...; y no tengo derecho a preguntar.

PILAR. No, no tiene usted ningún derecho.

VICT. Está bien, Pilar. Le agradezco a usted mucho la valentía de su confesión... y me marcho.

PILAR. Sabía yo que el momento iba a ser doloroso... pero sabía también que le iba a libertar para siempre.

VICT. ¡¡Eso de libertarme!!... Ahora es cuando me ha esclavizado usted definitivamente; porque ahora sé que existe un rival y tengo celos, ira y...

PILAR. ¡Eso, no!... ¡No existe el rival!

VICT. ¿Eh?

PILAR. ¡Se lo juro! No aspiro a nadie. Nadie aspira a mí. Le prohibo a usted..., hasta que lo piense.

VICT. Está bien. *(Buscando su sombrero.)* Buenas tardes.

PILAR. ¡Adiós, Víctor!

VICT. ¡Adiós, Pilar!... *(Se va por la puerta de la derecha.)*

PILAR. ¡Ay, que se ha metido en la consulta!... *(Acercándose a la puerta y llamando.)* ¡Que no es por ahí, Víctor!... ¡Que no es por ahí!

VICT. *(Entrando de nuevo en escena.)* Es verdad. Estoy tan desorientado... *(Nuevo apretón de manos.)* ¡Adiós, Pilar!

PILAR. ¡Adiós, Víctor!

ALDON. *(En la puerta de la izquierda, con Farfán.)* ¿Estorbamos? *(Viene de sombrero y en plan de salir a la calle.)*

PILAR. ¡Aldonza!...

VICT. Buenas tardes, señora.

ALDON. *(Por Farfán.)* Este dejó aquí antes su sombrero... Pero ya nos vamos. El undécimo, no estorbar.

VICT. Le agradecemos su buena intención; pero no estorba, ni muchísimo menos. Estaba despidiéndome de Pilar, y me disponía a buscar a su hermano de usted.

ALDON. En el despacho está. Pero no creo que sea buen momento. ¡Le hemos dejado de un humor! Como... *(Señala a Farfán y sonríe maliciosamente.)*

FARF. Sí; como... *(Indica a Aldonza, y sonríe también con cierta picardía.)*

VICT. *(Que no comprende.)* ¿Eh?

ALDON. ¿No recuerdan ustedes a Cerón?

VICT. Sí; ya lo creo... Es que no ponía yo el nombre en la persona... *(Dándole la mano.)* Tantísimo gusto...

FARF. El mío es mayor.

PILAR. Yo también le recuerdo; de cuando estuvimos en el campo..., ¿verdad?

FARF. Justamente.

PILAR. Farfán Cerón.

FARF. Cerón Farfán. Farfán es el cognomen.

PILAR. ¿Pues qué le encuentro yo? ¡Ah! Que antes usaba usted gafas, ¿no?

FARF. En efecto; antes usaba gafas. Pero a Aldonza le gusta más este chismaque, que le usan los elefantes como don Germán; pero yo, como padezco de astigmatismo, llevo dos: uno para cada ojo. *(Pilar y Víctor se vuelven a mirar.)* ¿Cogiste el bolso, vida?

ALDON. Sí, riquín. *(Nueva mirada de Víctor y Pilar.)* Veo que estás en todo.

VICT. *(Que no sabe qué decir.)* ¿Y dice usted que don Jaime está de mal humor?...

ALDON. Claro; para él ha sido esto un escopetazo...

FARF. Ya se le pasará. El es un hombre muy razonable, y su disgusto será efimeral, seguramente.

VICT. *(Sin atreverse a hacer la pregunta.)* Bueno; ¿pero es que?... ¿Eh? ¿Ustedes?...

ALDON. *(Ruborosa.)* Sí, Víctor. Lo hemos llevado con el mayor secreto; pero ya... Mañana nos casamos. *(Pilar y Víctor no saben lo que hacer para no soltar el trapo.)*

VICT. ¡Caramba! ¡Qué bien! Todo llega. Nunca falta... Digo, más vale tarde...

PILAR. Sea enhorabuena. De modo que mañana...

ALDON. Sí, mañana; sin fausto ni pompas...

VICT. Para qué más pompas ni más fausto.

FARF. A alguien podrá parecerle rara esta unión; pero el tratado del amor está aún por escribir. Ya lo dijo Tíbulo, aquel poeta latino que nació en Pedrum... "Ignota mulla"...

VICT. *(Que ya no puede más.)* Voy a... Porque don Jaime me... Y luego lo... Enhorabuena. Buenas tardes. *(Vase por la izquierda, espurreando una carcajada.)*

FARF. Buenas tardes.

ALDON. *(A Pilar.)* ¿Qué? ¿Anda reacio? Cuando se ponen así, que caigo, que no caigo, le queman a una la sangre. *(Por Farfán.)* También éste...

FARF. Vamos, no digas...

ALDON. En esos casos debe una obligarles; tener gancho, hija. O al vado o a la "fuente".

FARF. Puente, Aldoncita.

ALDON. Quiero decir que si no, se queda una para vestir santos, y eso es lo peor.

AURO. *(Entrando por la izquierda en plan de salir a la calle.)* Perdona, chica, que te haya hecho esperar tantísimo; pero ha estado ahí el peluquero, y figúrate. Además, me dijeron que estaba aquí Víctor, y... quise dejaros... Me he cruzado con él. Iba muerto de risa. Qué, ¿marcha eso bien?

PILAR. Ni bien ni mal: no marcha.

AURO. ¡Válgame Dios! *(Por Aldonza y Farfán.)* ¿Y qué me dices de esta novedad? Nada; que tengo que salir a la carrera a comprarles un regalo. Mañana se casan, y en seguida a volar por ahí. Creo que van a la China.

PILAR. ¿Es posible?

AURO. Cerón desea hacer unas investigaciones...

FARF. Por cierto, que tenemos que llegarnos por los pasaportes... ¿Llevas los retratos?

ALDON. Sí...; digo, no. No los he recogido. Es decir, los recogí y... ¡Ay! Me los he dejado en el Casino.

FARF. Pues vamos corriendo; porque tenemos las horas contadas...

ALDON. Adiós, Pilar... Hasta luego, Aurora. Buscaré al niño en el Retiro.

FARF. Muy buenas tardes.

ALDON. *(Iniciando el mutis.)* Yo no debía ir sola contigo...

FARF. *(Cariñosamente.)* Vas con un caballero, Aldonza.

ALDON. Sí; pero el qué dirán...

FARF. ¡Bah! Anda, anda... *(La empuja cariñosamente.)*

ALDON. *(Severísima.)* ¡No me toques, Cerón!

FARF. ¡Pero, mujer!...

ALDON. ¡Todavía no me toques! *(Se van por la izquierda.)*

AURO. *(Viéndoles ir.)* ¿Qué te parece?... *(Ríe Pilar.)* Lo que yo me reiría también si esta señora no fuese hermana de mi padre y si no hubiera sido como una madre para mí. ¡Parece mentira que personas de cierta cordura!...

PILAR. Ya, ya...

AURO. Está visto que para esto del corazón no hay edades ni estados.

PILAR. Lo dices de un modo...

AURO. No...

PILAR. Anda; siéntate un poco. Hazme un poco de visita.

AURO. *(Nerviosa.)* Es que tengo que hacer tantas cosas por ahí... *(Sentándose.)* Comprenderás que esto no es decirte que te vayas.

PILAR. ¡Mujer!...

AURO. *(Que estará impaciente y mirará con frecuencia la hora en su reloj de pulsera.)* Entre nosotros hay la más absoluta confianza...

PILAR. ¡Jesús! Con qué endiablado arte te perfumas. Hoy produces vértigos.

AURO. ¿Te gusta?

PILAR. Me gusta en ti. A mí no me iría bien. Los perfumes como los tonos de color, a unas les van van bien y a otras mal. Este perfume tuyo de hoy no armonizaría con... con mi temperamento.

AURO. *(Nerviosísima.)* Sí..., tal vez...

PILAR. ¿Qué te pasa? Te encuentro inquieta, como desconcertada. ¿Te sucede algo, Aurora? ¿Tienes algún disgusto? Confíamelo. Ya sabes que soy una buena amiga. Tal vez te dé muy pronto pruebas de que soy tu mejor amiga. Anda, cuéntame.

AURO. *(Se levanta. Está en ascuas.)* No me sucede nada, mujer. No tengo nada que contarte.

PILAR. *(Casi burlona.)* Algo te preocupa. Y lo siento; porque pensaba hacerte algunas confidencias. Por lo menos, quería preguntarte... qué te parece Víctor.

AURO. Un hombre como los demás. Si le conviene ca-

sarse contigo, te hará creer que está loco por ti. ¡Ellos van a lo suyo siempre!

PILAR. ¡Qué juicio más amargo! Da frío oírte.

AURO. *(Animándose y olvidando momentáneamente su prisa.)* No se puede creer más que en aquellos hombres para quienes la mujer querida sea un sacrificio, un riesgo, y hasta, si quieres, un vicio.

PILAR. ¡Jesús!

AURO. Algo en que para nada entre la idea de conveniencia..., de dinero. Por eso el verdadero cariño... no suele encontrarse en el matrimonio.

PILAR. ¡No puedo creer esas herejías! ¿Quién ha podido inculcarte a ti, educada tan cristianamente?...

AURO. ¡La experiencia!... Mejor dicho, la observación.

PILAR. *(Subrayando, con mucha intención.)* Habrá, puesto que tú lo afirmas, matrimonios de los que ha huído el cariño. ¡Y ésos serán los que más dignifican a la mujer!

AURO. Tú dirás cómo.

PILAR. Nada más fácil que ser buena esposa cuando el cariño lo manda. El verdadero mérito consiste en conservar íntegra la virtud y limpia... hasta de malos pensamientos la conciencia, cuando el cariño ha muerto.

AURO. *(Resuelta.)* Mira; no estoy para pensar en cosas tan profundas. Mi problema de hoy es mucho más sencillo. Ver si en dos horas tengo tiempo de...

PILAR. *(Resuelta también.)* No te molestes; porque no me despido.

AURO. ¿Eh?

PILAR. Hoy necesitas tú la compañía, la tutela de una buena amiga. Hoy no sales de tu casa, y si sales, he de ir yo contigo adonde vayas.

AURO. ¿Qué significa esto, Pilar?

PILAR. ¿Me obligas a decírtelo? ¡Sea!... ¡Tú no vas hoy al sitio donde te estarán esperando!

AURO. ¡No te consiento palabras de doble sentido! ¡No faltaba más!

PILAR. *(Severa, inexorable.)* Desde que empezaste a olvidar tus deberes, te vengo vigilando, y, no me da reparo decírtelo, te vengo espiando. ¿Para qué iba yo a frecuentar esa sociedad equívoca en la que tanto... "brillas" tú? ¿No te ha sorprendido la facilidad con que en ella te has abierto camino? ¡Qué gran mundo! ¿Te crees una dama de ese gran mundo?

AURO. ¡Cómo habla la envidia!...

PILAR. *(Impasible.)* Pues en esa... "alta sociedad", cuyos salones trascienden a cabaret..., te he visto irte deslizando por el plano inclinado que empieza en la coquetería, sigue en el "flirt" y acaba en el crimen. ¡Esta tarde ibas a caer!

AURO. ¡¡Mentira!!

PILAR. ¿Quieres que te diga la calle, el número, el piso...? ¿Quieres que te diga el nombre del... canalla que te estará esperando para hacerte su...?

AURO. ¡Calla!

PILAR. Magnífico "asunto" le voy a estropear al distinguido "sportman". Lo siento por sus... acreedores. ¡En qué garras ibas a caer, Aurora! ¿Para eso te pintas y te perfumas como una cocota?

AURO. Pero tú... ¿con qué derecho, con qué títulos intervienes en mi vida?

PILAR. ¿También quieres saberlo?

AURO. ¡Sí! ¿Con qué derecho? ¡Habla!...

PILAR. Escucha, Aurora. Yo quería a Luciano...

AURO. ¡¡Ah!!...

PILAR. Yo le quiero más que tú. Porque se enamoró ciegamente de ti y tú tenías los medios de hacerle dichoso... callé, me resigné... ¡No quise disputártelo!

AURO. ¡Porque no podías! Me bastaba a mí sonreírle para enloquecerle.

PILAR. Así era. Su carrera... sus ilusiones, su ambición le tienen secuestrada el alma; fuera de eso, no es más que un pobre hombre esclavo de los impulsos humanos. Por eso tú, como

quien entra en huerto sin guardián, entraste en sus sentidos. Así me lo robaste.

AURO. Porque valgo más que tú; porque soy cien veces más mujer que tú...; sabihonda, estúpida...

PILAR. No te revuelvas. No insultes. Tengo sobre ti un gran poder. Puedo aniquilarte. Soy dueña de tu secreto...; desgraciada.

AURO. Pero ¿qué es lo que te propones? ¡Dí!

PILAR. Qpe no le deshonres. ¿Te parece poco? Me lo quitaste como esposa; pero no pudiste arrancar de mí un cariño que se hizo más grande desde que nada espera. ¡Tuyo es el hombre! ¡Tuyo es el marido!... ¡Yo me contentaba con verte felz! Compara cariño con cariño y deseo con deseo. Me contentaba con verle feliz. Y, no sólo no le haces feliz, mala mujer; quieres ultrajarle para que si un día lo descubre lo mate su orgullo. ¡Eso, no! Has de serle fiel, has de ser honrada, has de respetarle. Sobre su cuerpo, que yo no te disputé, está su honra, su alma, que tú no conquistaste, y que es más mía que tuya. ¡Yo la defenderé! ¡Has de ser honrada, porque yo quiero que lo seas! Mira; no sé qué clase de sentimientos, de fuerzas me hacen proceder de este modo; si es que al romper mi vida me has trastornado la razón; si es ésta mi venganza al amarrarte al hombre con las mismas cadenas de tus brazos... Lo que sí es, que hoy, al haberle librado de la deshonra, siento que están pagados todos mis sacrificios.

AURO. ¿No tienes más que decir? Pues yo te digo ahora que los celos te han inspirado esta estratagema horrible. Descubriéndome y denunciándome, él me aborrecerá y... le tendrás para ti. ¿Era eso? ¡Pues ni aun así! ¡No lo creerá! Le haré ver que tu despecho ha ideado una calumnia, y te despreciará y te arrojará de mi casa... ¡Le voy a abrazar delante de ti, para que te mueras de envidia!... ¡Ahora mismo! *(Va a la puerta y pulsa vigorosamente y va-*

rias veces el botón del timbre.) ¡Ahora mismo!... *(Llamando.)* ¡Luciano!... ¡¡Luciano!!...

PILAR. *(Intentando separarla de la puerta de la derecha.)* ¡Quita! ¡¡Calla!!... ¿Qué has hecho, desdichada? ¿Qué has hecho?

AURO. *(Espantada.)* ¡Es verdad!... ¿Qué hice, Dios mío?... Tú probarás que no mientes... Le dirás que vaya allí... ¡y encontrará la verdad!... ¡Y me matará!... ¡Estoy perdida!... ¡Has vencido!... ¡Me matará!... *(Cae sollozando en un sillón.)*

PILAR. ¿A mí qué me importa tu vida?... Lo terrible es el daño que le haríamos a él. ¡Disimula!... ¡Calla!...

LUCIA. *(Entrando precipitadamente.)* ¿Qué pasa?

PILAR. ¡No te alarmes! Fué un mareo, un desvanecimiento que la hizo a ella gritar y a mi llamar. Nada, nada... Se ha cambiado de ropa en plena digestión...

LUCIA. ¡Qué imprudencia! *(Se acerca, la pulsa y la toca la frente.)* Está excitadísima. El pulso muy frecuente y un sudor frío... Aurora.

AURO. Creí que eran los últimos instantes de mi vida.

LUCIA. *(A Pilar.)* Nada. un reflejo...

AURO. Si estoy ya bien, voy a echarme un rato.

PILAR. *(Ayuda a Aurora a levantarse, la hace apoyarse en ella, rodea con un brazo su cintura y se la va llevando.)* Vamos, vamos... ¡Ya pasó! ¡Ya pasó el susto!... *(Cerca ya de la puerta de la izquierda.)* Y tú, Luciano, sigue tu consulta. Y está tranquilo por Aurora. Yo no me separaré de ella en toda la tarde.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Es de día. En verano. Al levantarse el telón están en escena Saldaña y Damiana.

DAMIA. ¿Desea algo el señor?

SALDA. Sí; telefonee al catorce veinticinco de Jordán y diga al señorito Víctor, de mi parte, que mañana nos vamos al campo, a pasar el verano, y que deseo llevarme el replanteo de los nuevos molinos para comenzar en seguida las obras de cimentación.

DAMIA. Sí, señor.

SALDA. ¡Ah! Y que no deje de venir por aquí cuanto antes; porque el señor Farfán, mi cuñado, que ha llegado ayer de la China, quiere hablar con él, de no sé qué innovaciones. *(Al ver que Damiana sofoca la risa.)* ¿Eh? ¿De qué se ríe usted?

DAMIA. *(Azoradísima.)* De nada, señor. Perdóneme el señor. ¿No manda nada más el señor?

SALDA. Nada más; muchas gracias. *(Se va Damiana por la puerta de la izquierda.)*

GERM. *(Dentro.)* ¿Pero está ahí?

DAMIA. *(Idem.)* Sí, señor.

SALDA. *(Levantándose.)* ¿Es Germán?... *(Saliéndole al encuentro.)* ¡Caramba, otro viajero que regresa!... ¡Bien venido, muchacho!

GERM. *(Entrando y abrazándole.)* ¡Querido Jaime!...

SALDA. ¿Cómo estás, hombre?

GERM. Ya lo ves: hecho una rosa.

SALDA. *(Contemplándole a su gusto.)* Es verdad. Buen color. Más grueso...

GERM. ¡De primerísima! *(Sentándose.)* ¡Uf!... Ya sé que aquí estáis todos muy bien y que Aurora está completamente curada...

SALDA. ¡Gracias a Dios! ¡Qué dos meses hemos pasado, Germán! ¡Dichosas enfermedades!

GERM. El mundo está muy mal arreglado, Jaime. ¿Qué es eso de enfermar así porque sí?... No debía haber enfermedades. ¡Ni médicos! Y, caso de

haber algo, que hubiera enfermedades nada más. ¡Pero médicos!...

SALDA. ¡Hombre!...

GERM. Ya ves lo que me ha sucedido a mí con el sabihondo de tu yerno. ¡Angelito! Nada, que si no me voy a París a descansar un poco del régimen a que me tenía sometido, pues... *(Acción de descabellar.)* me descabella. Nada, que *(Acciona como antes.)* me descabella. El, honradamente, me veía con media en las agujas y la lengua fuera, y comenzó a trastearme por bajo y a levantar el bracito para... *(Acciona como antes.)* Pero yo pegué un derrote, di una arrancada... y a París.

SALDA. Empleas un símil...

GERM. No importa. Alguna ventajilla hemos de tener los solteros.

SALDA. ¡Qué cosas dices!

GERM. Te advierto que es verdad; me fuí a París para adquirir fuerzas; porque como no comía, ni bebía, ni fumaba, ni me divertía, estaba caidísimo, abatidísimo, hipocondriaquísimo. Por eso pensé: "Me doy allá un verde de quince diítas; como, bebo, fumo, bailo, trasnocho, me godeo v me regodeo, adquiero fortaleza y vuelvo a Madrid a seguir la regimentación."

SALDA. ¡Por Dios!

GERM. Pero, chico, me tropecé en el Gran Hotel con un químico húngaro, ¡qué hombre tan gracioso y qué sabio más grande!... Cuidado que yo, al principio, al ver que allí se reían todos con él, me dije: "Este es un húngaro que está aquí haciendo el oso..." Pero, sí, sí... ¡Qué hombre, Jaime! Le conté lo que me sucedía y me aconsejó que le diera dos patadas al régimen y otras dos al médico que me lo puso asegurándome, como químico biólogo, que al organismo no hay que contemplarlo porque se engríe, se pone tonto y nos joroba.

SALDA. ¡Pero, criatura!

GERM. Dice que hay que castigarlo para que se achique.

SALDA. ¡Jesús!

GERM. Como que su lema es: "Mientras tengas médula castiga a la célula."

SALDA. ¡Qué barbaridad!

GERM. Barbaridad, ¿eh? ¡Estás tú fresco! Ya sabes lo que a mí me sucedía con el riñón; pues bebía agua de Corconte, y a pesar de lo buena que es para los riñones, que no hay otra, yo pegaba gritos. Bueno, pues puse en práctica lo del húngaro, me tomé un "whisky" y... ¡qué espanto! ¡Me retorcía! Al segundo "whisky", era un dolor que me saltaba las mesas como loco.

SALDA. ¡Para que te hubieras muerto!

GERM. ¡Quita, hombre! Al noveno "whisky" estaba yo en el Bosque de Bolonia, en un taxi, con la Mistinguete, cantando... *(Canta.)*

Valencia, tran laran, laran, laran, laran, laran,
laran, laran, la...

SALDA. Pero ¿no te dolía?

GERM. Ni me dolía ni me ha vuelto a doler. Lo del químico, hombre. Que el riñón se dijo: "Como yo me vuelva a repuchar, este tío me saltea o me pone al "whisky", que es peor que al Jerez..." ¡Y se ha achicado!

SALDA. ¡Por Dios, Germán!

GERM. Y del estómago no hablemos. ¡Tanto análisis y tanta tabarra! Que si hiperclorhidria aguda; que si principio de úlcera... ¡¡Hambre!! Porque eso era lo que yo tenía: hambre. Me puso el húngaro un plan muy severo de fritadas de setas con un poquito de ajo, langosta a la americana, carnes rojas con mostaza inglesa, caviar y jamón serrano, y mírame.: en siete semanas, nueve kilos y pico. Hay días que me como cinco chuletas.

SALDA. Se te va a dilatar el estómago.

GERM. ¿Qué se me va a dilatar, si lo tengo achicado? ¡Castigo!... ¡Mucho castigo!... ¡Y lo que lo

pienso castigar! Ahora, que, verás, para evitarme molestias, discusiones, reconvenciones y sermones, voy a decirle a todo el mundo, incluso a Luciano, que sigo al pie de la letra mi régimen y que me va muy bien. Leche pasteurizada, merluza en blanco y, por las mañanas, bismuto. ¡Qué bruto! Del Bilbaíno vengo ahora de comer con una amiguitas...

SALDA. ¡Hombre, Germán!...

GERM. *(Digno.)* No seas mal pensado, Jaime. Obra de misericordia nada más. Dar de comer al hambriento. Las pobrecillas no habían comido aún, y como a mí no me gusta comer solo y los platos del día, que eran "bacalao a la vizcaína" y "judías blancas con oreja", entran también en el régimen del húngaro...

SALDA. ¡Señores con el húngaro!

GERM. ¿Sabes lo que me cae un poquito pesado? El tomate; se me está poniendo tonto el estómago con el tomate, y le voy a dar un día una tomatada que le voy a fastidiar. "Mientras tengas médula castiga la célula."

SALDA. Tú no tienes arreglo, Germán. El mejor día revientas.

GERM. ¡Bah!

SALDA. Ya sé que te han visto en París, en no sé qué teatro, con una rubita...

GERM. ¡Pchs! ¡Alguna amiguita que se aburría!

SALDA. Misericordieando, ¿no?

GERM. Claro. ¿Y quién te lo dijo?...

SALDA. Aldonza.

GERM. ¿Eh? Pero ¿ha vuelto de su viaje de luna de miel?

SALDA. Ayer mañana.

GERM. He recibido algunas postales de ella. Algunas de la China.

SALDA. Sí; de allí vienen. Vuelven contentísimos. El sobre todo.

GERM. ¡Figúrate! Menuda vidita se va a soplar ahora...

SALDA. Por cierto que creo que nos va a dar la lata;

porque desea implantar en la finca no sé qué novedades que ha visto en la China.

GERM. ¡Aprieta!

SALDA. Y como van a pasar el verano con nosotros...

GERM. Pues ya estáis divertidos. ¡Menuda charanga!... Me figuro que Aurora y el chico serán también de la partida...

SALDA. Por supuesto.

GERM. ¿Y... Luciano?

SALDA. *(Tristemente.)* No; Luciano no va.

GERM. ¡Válgame Dios! Eso es ya cosa perdida, por lo que se ve.

SALDA. En apariencia, al menos..., y por ambas partes, que es lo peor. Durante la enfermedad ha estado con ella solícito, atento, cariñoso; pero... no Germán, no. Ni él ni ella... ¡Qué lástima! ¿Verdad?

GERM. Como que eso del matrimonio es un problema...

SALDA. Si yo lograse que pasaran el veraneo juntos... Porque en el campo, la soledad, el mismo aburrimiento y, sobre todo, la continua proximidad del hijo... Pero él, con el pretexto de que un médico que empieza a adquirir notoriedad no debe abandonar a sus clientes...

GERM. Claro.

SALDA. Te advierto que está trabajando muchísimo. Como continúe así va hacer un fortunón; porque tiene grandes aciertos.

GERM. ¿A quién se lo vas a contar?

SALDA. En serio.

GERM. Ha sido Albert quien ha asistido a Aurora, ¿no?

SALDA. Sí. Por cierto que le estoy aguardando. Me dijo anoche que vendría a traerle a Luciano unas cuartillas con el plan que, a su juicio, debe seguir Aurora durante estos meses; es decir, tal vez le haya dado las cuartillas a la propia Aurora, que ha salido a despedirse de varias amigas y pensaba ir a casa de Albert a decir adiós a Pilar, a quien no vemos por aquí hace un si-

glo. No sé si se habrá disgustado con nosotros...

VICT. *(Por la puerta de la izquierda. Trae unos papeles.)* ¿Se puede?

SALDA. Adelante, amigo Víctor.

VICT. ¡Don Germán!

GERM. ¿Qué tal, amigo mío?

VICT. Muy bien. ¿Y usted?

GERM. Pchs... No puede decirse que estoy peor. Gracias al régimen que me puso Luciano, voy tirando.

VICT. *(Mirándole con asombro.)* ¿Eh? ¡Caracoles!

GERM. ¿Qué?

VICT. Nada, nada... *(A Saldaña.)* Aquí tiene usted todos los detalles que desea... *(Le entrega los papeles.)*

SALDA. Vamos a ver, hombre. *(Queda examinando los papeles.)*

VICT. *(Acercándose a Germán.)* De manera que a régimen, ¿eh?

GERM. A régimen.

VICT. Todo a base de leche...

GERM. Claro...

VICT. Y en París..., ¿eh?

GERM. Figúrese usted.

VICT. ¿Allí?...

GERM. Allí me puse a caldo.

VICT. *(Maliciosamente.)* Lo creo.

GERM. *(Escamado.)* ¿Cómo?

VICT. *(Llevándole a un extremo de la escena y bajando la voz.)* El que estaba esta mañana en el Bilbaíno, en el rincón del fondo, era yo.

GERM. *(Imponiéndole silencio.)* ¡Chist!...

VICT. Y con quien se reía Paquita, "la Calaguana", que a usted le traía un poco amoscado, era conmigo.

GERM. *(Como antes.)* ¡Chist!...

VICT. Porque es lo que yo le decía por señas, que ya podía usted bailar el tango del panecillo; porque como se había usted comido dos...

GERM. A callar, pollito.

VICT. Sí, señor.

GERM. Para todos los de esta casa, ¿sabe usted?, sigo yo el régimen "lucianesco"; pero el régimen que yo sigo es de un húngaro.

VICT. Mándemelo usted a casa; porque eso es un plan. *(Ríe Germán.)* Ahora, que yo le aconsejo a usted que no vuelva a comer en veinticuatro horas. No creo que haya estómago que resista...

GERM. Tiene usted razón; lo de hoy ha sido demasiado.

SALDA. *(Por los papeles que examina.)* Esto está muy bien y muy claro.

VICT. Muchas gracias, don Jaime.

SALDA. ¡Ah! Le prevengo que mi cuñado, el señor Farfán, desea consultarle sobre no sé qué clase de innovaciones que desea introducir en el cultivo de la finca. Cosas que ha visto en China.

VICT. ¡Atiza! *(Rumor de voces dentro.)*

GERM. Cuidado. Ahí lo tienen ustedes.

FARF. *(Entrando en escena por la izquierda. Viste ostentosamente y usa sendas gafas de concha.)* Acaban de decirme que ha llegado el señor Ingeniero... ¡Oh! ¡Don Germán!... ¿Qué tal, amigo y pariente?...

GERM. Muy bien, querido Cerón. A usted no hay que preguntarle: rezuma usted felicidad por todos sus poros.

FARF. La rezumo, sí, señor; la rezumo. ¿Cómo va, Víctor amigo?

VICT. Muy bien; muchas gracias, señor Farfán.

FARF. Aldonza no tardará en volver. Salió a comprar unas cosillas...

SALDA. A ver si las trae; porque ése lo que compra en un lado lo deja en otro...

FARF. Eso era antes.

VICT. De manera que de China, ¿eh?

FARF. Sí, señor. Yo quería que en nuestro viaje de luna de miel fuésemos a Turquía, a Persia o

a la China; lo echamos a suerte, y nos tocó la China.

GERM. *(Con pitorreo.)* Qué bien, ¿eh?

FARF. Y qué China, amigos míos. Venimos deslumbrados. Y luego, los naturales del país son tan amables...

GERM. ¿Sí? Pues yo creía que el chino era seco.

FARF. Todo lo contrario... ¿Saben ustedes lo que yo le encuentro al chino?

GERM. ¿Qué?

FARF. Que no es franco.

GERM. ¡Hombre!

FARF. Está usted en su casa, pongo por ejemplo; le estorba usted, y, en vez de decirle francamente: "¡Márchese!", empieza a molestarle y a ponerle chinitas...

GERM. ¡Qué suerte!... Digo.., ¡qué raro!

ALDON. *(Entrando por la puerta de la izquierda.)* ¡Hola!... *(Usa gafas de concha y trae en las manos un pañuelo, el abanico, la sombrilla, un gran bolso y tres paquetes de distintas hechuras y tamaños. Al ver a Germán.)* ¿Eh? Pero ¿quién está aquí? ¡Dichosos los ojos!

GERM. ¿Cómo estás, mujer?

ALDON. Muy bien. ¿Y tú?

GERM. Hija, yo..., ¡psch!... Regular nada más, Aldonza.

ALDON. Pues tu aspecto es magnífico.

GERM. Sí; desde que sigo el régimen... *(Bajando la voz, y picarescamente.)* Qué, ¿estás contenta?...

ALDON. *(Idem.)* Tal vez demasiado erudito... *(Sentándose.)* ¡Uf! Vengo rendida.

SALDA. El calor, el paseo...

ALDON. El calor, el paseo y lo que cuelga. *(Estira los brazos, abre las manos y todas las cosas que trae le quedan colgando de otras tantas pulseras esclavas.)*

SALDA. ¡Jesús!

GERM. ¡Caramba!

ALDON. *(Quitándose las pulseras.)* Es un invento de

Cerón, que me carga muchísimo. Claro que no pierdo las cosas; pero es una esclavitud...

VICT. Ya sé que en China lo han pasado ustedes muy bien.

ALDON. Muy bien, sí, señor. Sobre todo en aquel pueblo... *(A Farfán.)* ¿Cómo se llamaba aquel pueblo que me gustaba a mí tanto?

FARF. Chao-Chun-Chin.

ALDON. ¿No era en Chao-Chun-Chin donde había un jazz-band?

FARF. No; lo del jazz-band fué en Tun-fatung-Yon-Kon-Tin-Chan-Pon.

GERM. Claro.

ALDON. Tenía un lago precioso, y a mí me gustaba pasear por él en un junco.

GERM. ¿Cómo?

VICT. ¿Qué?

ALDON. Todas las tardes montaba en un junco y me iba a tomar el te a Tun-Calán.

GERM. Bueno; pero el junco...

FARF. El junco tenía cuarenta toneladas. Es que a los barcos de velas les llaman allá así.

GERM. ¡Qué modestos! Bien es verdad que ellos mismos empiezan por llamarse chinos...

ALDON. *(Con muchísimo retintín.)* A la vuelta estuvimos en París y asistimos al estreno de la "Bibelotte", una ópera del maestro Lachambre.

GERM. Hombre, qué casualidad. También estuve yo.

ALDON. *(Como antes.)* Por cierto que muy bien acompañado.

GERM. *(Con gran naturalidad.)* Sí; no recuerdo a qué enfermera le tocó aquella noche...

ALDON. ¿Eh?

GERM. En aquellos días seguía yo el régimen con mucha severidad, y no podía andar solo... Tenía dos enfermeras a mi servicio, René y Chuchú. *(Por Víctor.)* Este las conoció.

VICT. ¿Yo?

GERM. René valía algo más; pero Chuchú... *(A Víctor.)* ¿Se acuerda usted?

VICT. *(De mala gana.)* Sí...

GERM. Dígales usted cómo era Chuchú.

VICT. No valía nada. Dice don Germán que en el baño parecía un coco con el agua por fuera.

ALDON. ¿Pero Germán la veía bañar?

GERM. *(A Víctor.)* Vamos, hombre, no diga usted esas cosas, porque ésta lo toma todo al pie de la letra y, aunque afortunadamente puedo hacer lo que me dé la gana, porque gracias a ella no tengo que dar cuenta a nadie de mis actos... ¡Lo que te debo, Aldoncita!

ALDON. *(Molesta.)* Bien, bien...

VICT. Me ha dicho don Jaime que deseaba hacerme una consulta.

FARF. Sí, señor. Como yo cuando viajo, observo, investigo y alambico, he pensado que, ya que en la finca hay terrenos acuosos y francamente humectativos, semejantes a los de Hu-nan y Kuan-Tung, debíamos dejarnos de una vez de judías, alcachofas y remolachas y sembrar te, yute, sésamo y alcanfor. Alcanfor sobre todo.

GERM. Y juncos de vela.

PILAR. *(Dentro.)* ¿Dónde están los viajeros?

VICT. ¡Pilar!

SALDA. ¿Eh?

PILAR. *(Entrando en escena por la izquierda.)* ¡Oh!...

ALDON. ¡Pilar!

FARF. ¡Amiga mía!...

PILAR. *(Besando a Aldonza y saludando a Cerón.)* Bien venidos... ¿Cómo va, don Germán?

GERM. *(Con su aire resignado de siempre.)* Regular, Pilar. Siempre con mi régimen.

SALDA. *(Dando la mano a Pilar.)* Se ha cruzado usted con Aurora.

PILAR. Eso me ha dicho Damiana, al entrar. Cuánto siento que se haya molestado... ¿Qué tal, Víctor? *(Le estrecha la mano cariñosamente.)*

VICT. *(Reteniéndola, apasionado.)* Un poquillo emocionado al verla después de tantos días de buscarla inútilmente.

PILAR. ¡Por Dios!

VICT. *(Bajando aún más la voz.)* Deseo hablar con

usted, Pilar. Se lo suplico por lo que más quiera en el mundo... Me han dicho el otro día que...

PILAR. *(Le hace un gracioso mohín y, sin contestarle, se separa de él. A Saldaña.)* Pues mi padre ha tenido que ir a Toledo, a una consulta, y me ha dado unas cuartillas para que las entregue a Luciano.

SALDA. Voy a llamarle entonces. *(Pulsa el consabido botón.)*

PILAR. Ya comprenderán que, aunque he venido poco por aquí, porque estoy sumamente ocupada con la Tesorería de la Cruz Roja, en cuyo cargo me tienen todos a su disposición, he sabido diariamente de ustedes y he seguido con gran interés la enfermedad de Aurora.

SALDA. Nosotros la hemos echado muchísimo de menos.

PILAR. Gracias, don Jaime.

LUCIA. *(Entrando en escena por la izquierda.)* Hola... ¡Oh! ¿Qué tal, Pilar?

PILAR. Bien. ¿Y tú?

LUCIA. Muy bien; muchas gracias.

SALDA. Te trae unas cuartillas de su padre, con respecto al plan que debe seguir Aurora durante el verano.

LUCIA. Perfectamente. Pues ahora las veré... Claro que por curiosidad simplemente; por deseos de aprender, no por otra cosa. Lo que él haya escrito será siempre la última palabra.

PILAR. Muy amable.

LUCIA. *(Al ver a don Germán, que ha procurado no hacerse muy visible.)* ¿Eh? Pero ¿qué es esto? ¡El tío Germán!

GERM. ¡Dios te guarde, hombre!...

LUCIA. ¡Venga un abrazo!... *(Le abraza.)* ¡Caramba! Si está usted como nuevo.

GERM. El régimen, hijo mío; el régimen. Me va muy bien.

LUCIA. Qué, ¿lo sigue usted?

GERM. Al pie de la letra.

LUCIA. ¿Y digiere usted bien todo lo que come?
GERM. *(Colándose.)* Lo único que me cae pesado es el tomate.
LUCIA. ¿Cómo?
ALDON. ¿Qué?
VICT. (Se coló.)
GERM. Algunas veces se me va el aire por esta mellita, y hablo en andaluz. Quiero decir que lo único que me cae pesado es el tomar te.
LUCIA. Como que el te es de lo más irritante.
FARF. Según: porque en China...
LUCIA. *(Sin hacer caso de Farfán.)* Bueno, bueno; siga usted como va, y ya variaremos más adelante.
GERM. Nada de variaciones. Como ahora sigo yo hasta la muerte.
LUCIA. Es que no conviene debilitarse... ¿Desde qué hora no toma usted alimento?
GERM. Desde las dos.
LUCIA. Pues ahora un vasito de leche...
GERM. ¡No! Mira, esta tarde, no...
DAMIA. *(Por la izquierda.)* El te está ya preparado.
ALDON. *(Levantándose.)* Cuánto me alegro... Damiana, recoja... *(Le indica las cosas que dejó sobre la mesa.)*
LUCIA. Al tío Germán un vaso de leche, quiera o no quiera.
GERM. No quiero.
ALDON. *(A Luciano.)* Yo me encargo de ello.
GERM. Mujer, que he comido muchísimo... Víctor lo vió...
VICT. ¿Yo? Yo no he visto nada. Al contrario: hace un rato me estaba diciendo: "¡Tengo una debilidad!..."
GERM. ¡Hombre!...
SALDA. ¿Nos acompaña usted, Víctor?
VICT. Con muchísimo gusto.
SALDA. Pilar...
PILAR. Voy primero a entregar a Luciano esas instrucciones...
LUCIA. En seguida somos con ustedes.

VICT. *(A Pilar.)* No olvide que deseo hablar con usted.

PILAR. No lo olvido, no. *(Inician todos el mutis por la izquierda, menos Pilar y Víctor.)*

GERM. Bueno; yo voy con ustedes; pero conste que yo no he de tomar nada.

ALDON. Eso lo veremos.

FARF. Del vaso de leche no se libra usted, aunque se vaya a la China. Por cierto que en la China ocurre con la leche una cosa muy especial. Se corta, ¿sabe usted? *(Mutis de todos. Quedan Luciano y Pilar.)*

PILAR. *(Sacando de un bolso de mano unas cuartillas y entregándoselas a Luciano.)* Toma.

LUCIA. Luego las leeré.

PILAR. ¿Vas tú también al campo con ellos?

LUCIA. No.

PILAR. Pues haces mal. Debías ir, aunque sólo fuera para descansar un poco.

LUCIA. ¡Bah!

PILAR. Sé que trabajas mucho, y tú no ignoras los riesgos del recargo mental.

LUCIA. *(Con desaliento.)* No estoy cansado de trabajar, Pilar. ¡No se trata de eso! ¡No!... A ti puedo hablarte, a ti te lo puedo decir: no es lo mismo cansancio que desaliento; no es lo mismo fatiga... ¡que desesperación!

PILAR. ¿Desesperación? ¿Qué te pasa?... Dime.

LUCIA. Que se ha roto el resorte de mi voluntad: la ilusión.

PILAR. ¡Tan pronto!... ¡Cuando apenas has empezado a saber lo que es el triunfo!... No te creo.

LUCIA. *(Decidido.)* Mira, Pilar, yo quisiera decirte... *(Se contiene.)* ¡Bah! ¿Para qué?... No tengo que decirte nada. *(Se sienta, abatido.)*

PILAR. Ya me has llenado de curiosidad. Veo que sufres y ya sufro yo como tú. Habla. ¿Qué ibas a decirme? Siempre fuí tu confidente, tu consejera. ¿Por qué no he de serlo ahora también? Habla; dime.

LUCIA. Sí; sólo a ti puedo confesarme.

PILAR. Acaba de una vez, hombre. ¿Qué te sucede?

LUCIA. Que no puedo más. Que tengo que aislarme, ¡que huir de mi mujer!

PILAR. ¿Era eso?...

LUCIA. Mi mujer es un caso de incomprensión y de egoísmo inaguantables... Nuestra incomunicación es absoluta. ¡Está lejos de mí! ¡No sabe nada de mí! ¡No cree en mí! Yo tengo talento para todo el mundo menos para mi mujer.

PILAR. ¡Válgame Dios!

LUCIA. He querido ensayar una separación sin escándalo, conservando para este infierno las apariencias de un hogar. Pero es imposible. Ella ha de perturbar mi vida minuto por minuto, ha de zaherirme, ha de vengarse de mí implacablemente.

PILAR. ¿Vengarse?

LUCIA. ¡Sí! ¿No sabes? Ella cree que le he estafado. Para ella todo cuanto yo hago lo habré comprado con su dinero.

PILAR. ¡Pobre Luciano! ¡Cómo has malogrado una vida que empezó tan luminosa, tan alegre!... ¡Qué pena me causa oírte!

LUCIA. ¿No crees que debo poner fin a este sufrimiento?

PILAR. Es muy difícil aconsejarte, y mucha la responsabilidad. Resígnate, y procura reconquistar a tu mujer. Ese afán de... venganza puede ser, es seguramente, una... perversión de su cariño. Tú sabes muy bien que nuestros sentimientos, desviados por una causa moral, actúan algunas veces al revés. Aurora piensa en ti a todas horas.

LUCIA. Piensa en mí porque soy su cadena, porque la sujeto...

PILAR. Puede ser. Por desgracia, puede ser. *(Pausa.)*

LUCIA. He empezado mi confesión, y debo acabarla. ¿Me lo permites?

PILAR. ¿Hay más?

LUCIA. Hay más, y peor. Sobre todo eso que te he dicho me atormenta otra idea, otra pasión. Es

necesario que te lo diga. Ya no puedo pasar sin decírtelo... Yo te...

PILAR. *(Levantándose.)* ¡Calla, Luciano!

LUCIA. ¿Eh?... ¿Comprendes?...

PILAR. Sí. Calla.

LUCIA. Yo tuve la felicidad al alcance de mi mano y no lo vi, y no lo comprendí, y ahora está ante mis ojos, evidente, mi tremenda equivocación. Porque tú y yo, Pilar...

PILAR. *(Separándose de él.)* No sigas.

LUCIA. ¿Por qué huyes? ¿Es tal vez que te asustas de tu propio pensamiento?... *(Intentando cogerle una mano.)* ¡Pilar!

PILAR. *(Rechazándole bruscamente.)* ¡No me toques!... ¡Basta! *(Pausa.)* ¿Para qué has dicho... lo que has dicho, Luciano? ¿Qué puedes pretender de mí?

LUCIA. La vida, "nuestra" vida.

PILAR. *(Tristemente.)* ¡Nuestra vida!... Mira, Luciano... *(A un gesto apasionado de Luciano.)* Te he escuchado serenamente y te exijo la misma serenidad. Lo que acabas de decirme, lo que acabas de hacer, es impropio de un hombre como tú.

LUCIA. He pensado mucho; lo he pensado mucho antes de llegar a este momento, Pilar.

PILAR. ¡Por Dios! ¿Y crees, en tu sano juicio, que si yo consintiese estaría ahí la felicidad?... ¿Nuestra felicidad? ¿Olvidas que hay unos mandamientos que respetar, y unos deberes que cumplir? ¿Hasta te olvidas de tu hijo?

LUCIA. Mi hijo... tiene asegurado su porvenir.

PILAR. No hables de ese modo, Luciano.

LUCIA. ¡Si tú me hubieras querido alguna vez!

PILAR. Te quise y hubiera sido tu mujer... Ahora, sin haber dejado de quererte es otra cosa. Ahora... *(A un gesto de Luciano.)* No, Luciano; contra el deber, contra la ley de Dios y la ley de los hombres, no puede haber felicidad en la vida.

LUCIA. ¡Si me hubieras querido como yo te he querido a ti siempre!...

PILAR. ¿Siempre?... ¡No!

LUCIA. Sí, Pilar... Siempre, y a ti sola... Pero yo empezaba y tenía mucha prisa; necesitaba "llegar" pronto. ¡Quería el triunfo en seguida!. Y la otra tenía los medios; me volví loco y...

PILAR. ¡¡No!!

LUCIA. ¡Yo te quise siempre a ti sola!...

PILAR. Eso me lo dices ahora, para decidirme.

LUCIA. ¡Esa es la verdad!

PILAR. ¿Cómo me convencerías?

LUCIA. Conservo toda la correspondencia de mi madre. A ella le contaba yo mis dudas, mi indecisión; a ella le dije cuánto te quería a ti y cuánto me convenía la otra. En sus contestaciones hay claras referencias... y consejos.., que no seguí.

PILAR. *(Con decisión.)* Dame las cartas de tu madre. ¡Necesito leerlas!

LUCIA. Aguarda. *(Se va por la derecha.)*

PILAR. *(Dejándose caer desalentada.)* ¿Es posible? ¿Tan ciega estaba yo?...

VICT. *(Entrando por la izquierda.)* Menos mal que me la encuentro de frente.

PILAR. ¿Eh?

VICT. Que me la encuentro a usted cara a cara.

PILAR. No comprendo.

VICT. No; si son cosas mías. No haga usted caso. Venía a decirle que, como aquí no podemos hablar con independencia, y usted no va ahora a teatros ni a ninguna parte, pues..., vaya, si quería usted que la acompañase al salir de aquí...

PILAR. Ya le he dicho, en más de una ocasión, que el hombre que a mí me acompañe por la calle, ha de ser mi marido o mi novio.

VICT. Sí, y, claro, yo no...

PILAR. No creo que sea usted ninguna de las dos cosas.

VICT. No; que yo sepa, no... Y crea usted que lo siento de verdad.

PILAR. Menos mal que lo toma usted a broma.

VICT. ¿Qué voy a hacer? Muchas veces ríe uno... por no llorar.

PILAR. ¿Y es tan interesante lo que tiene que decirme?

VICT. Quería despedirme de usted.

PILAR. ¿Se va usted también al campo?

VICT. No; yo emprendo el viaje; pero en otra dirección. Me voy a Suramérica.

PILAR. ¿Eh?... ¿Pero...?

VICT. Sí.

PILAR. ¿Algún negocio?...

VICT. Que he decidido no volverla a ver en mi vida. *(Sonríe Pilar.)* Sonríe usted.

PILAR. Claro.

VICT. Yo también. *(Sonriendo, al mismo tiempo que le caen dos lágrimas.)* Ya le he dicho que muchas veces sonríe uno por... no llorar; aunque en ocasiones ríe uno y llora al mismo tiempo.

PILAR. *(Extrañada y conmovida al verle tan afectado.)* ¡Víctor!... Es usted admirable.

VICT. Si usted me admirase, me querría. Por parte de la mujer, el cariño es eso: esencialmente admiración. Más que querer, la mujer admira. Pero usted no...

LUCIA. *(Entrando de nuevo en escena con varias cartas en la mano.)* Aquí tienes los antecedentes. Hay más; pero he separado los más concretos y explícitos. Puedes llevártelos para su examen... *(Da a Pilar siete cartas.)*

PILAR. No necesito llevármelas. Como ya conozco el asunto, sacaré unas notas... Es cuestión de un momento. *(Se sienta y lee las cartas.)*

VICT. ¡Esa mujer!...

LUCIA. ¿Eh?

VICT. Si todas esas zarandajas de la psicoanálisis que usted estudia sirviesen para algo, vendría a su consulta.

LUCIA. No hace falta. Ya tengo el diagnóstico: se trata de una idea fija.

VICT. Eso es.

LUCIA. De un deseo que no se puede realizar, porque lo impide un obstáculo invisible.

VICT. ¡Es sorprendente! ¿Cómo lo sabe usted?
LUCIA. ¡Bah! Es un caso vulgarísimo. Venga, venga esa idea fija.
VICT. La idea fija: que estoy enamorado locamente de esa mujer. El obstáculo invisible... el malvado que causó en su alma un daño irreparable.
LUCIA. En ese caso... *(Dominándose.)* Los médicos nos vemos obligados algunas veces a dar consejos brutales. El mío es éste: si encuentra usted a ese... rival...
VICT. Le debo retar... y...
LUCIA. Le debe usted retar... y atenerse a las consecuencias.
VICT. Está bien. *(Nerviosísimo.)* Voy, con su permiso, a despedirme de todos. *(Mutis por la izquierda.)*
LUCIA. (¿Se ha dado cuenta?...)
PILAR. Aquí tienes tus cartas, Luciano. Era verdad. ¡Qué pena... y qué asco!
LUCIA. ¿Eh?
PILAR. ¡Eres un hombre! Has estafado a una infeliz que te quiere y pretendías deshonrar a otra que te quiso. ¡Eres un hombre! Me querías y te vendiste traicionándome; te obligaba a mí la gratitud, y te vendiste. Te aprovechaste de la generosidad de mi padre y de mi cariño para hacer tu carrera; te aprovechaste de la pasión de Aurora para situarte en plan de rico; has robado la ciencia, la fama y el dinero, disfrazado de amigo y de amante. ¡Eres un hombre! Ya no estás más alto que yo, ya no te admiro. No eres el espíritu superior que me ilusionaba. Yo soy mucho más que tú; ya me he librado de ti. El ídolo estaba hueco. Dentro de su apariencia de genio... no había nada. Sólo un hombre, y... ¡qué poca cosa es un hombre!
LUCIA. ¡Bah! ¿Crees que no conozco el mecanismo de esas exaltaciones? A pesar de cuanto has dicho, me has querido y me quieres.
PILAR. *(Sinceramente.)* ¡No!

LUCIA. *(Acercándose a ella.)* ¡Pilar!

PILAR. Si das un paso más grito, y acudirán todos, y entonces tu mujer se creerá con derecho a hacer lo que hace algún tiempo logré yo misma evitar.

LUCIA. ¿Eh?...

PILAR. Oyelo bien, Luciano. No vuelvas a acordarte de mí, y procura reconquistar el cariño de tu mujer. Te será muy fácil el conseguirlo. Piensa que, de no hacerlo así, no faltará quien te lo robe; porque ella, aun queriéndote, por puro despecho se dejará robar.

LUCIA. Pero es que... *(Rumor de voces dentro.)*

PILAR. ¡Calla! Es ella. *(Por la puerta de la izquierda entran en escena Aurora y Saldaña.)*

SALDA. Sí; está aquí. Ha venido a traerle a Luciano el plan que debes seguir.

PILAR. ¡Aurora!

AURO. ¡Pilar!... *(Se abrazan.)* De tu casa vengo.

PILAR. Sí; ya me dijo tu padre... Aquí hemos estado viendo el plan que has de seguir durante el verano. Es bien sencillo: tranquilidad, alegría, muchas horas al lado de tu hijo y algún medicamento que Luciano cuidará que no olvides.

AURO. ¿Luciano? ¿Pero viene Luciano con nosotros?

PILAR. Acaba de decirme que sí.

SALDA. ¿Eh?

PILAR. Dice que necesita descansar y que también él quiere... "curarse" y contribuir... "decididamente" a tu curación.

AURO. *(Conmovida, abrazando a Pilar nuevamente.)* ¡Pilar!... *(Tras una breve pausa, conmovidísima.)* Gracias, Luciano. Perdóname si en algo te ofendí. De cuanto tú hayas podido ofenderme, te perdono de todo corazón.

SALDA. (Milagroso.)

ALDON. *(Entrando precipitadamente, seguida de Farfán.)* Luciano, que Germán se ha indispuesto.

TODOS. ¿Eh?

ALDON. Le hice tomar, quieras que no, el vaso de leche, y le ha sentado como un tiro.

SALDA. Claro, mujer: ¿a quién se le ocurre hacerle tomar leche después de los platazos de judías con oreja y de bacalao a la vizcaína que se ha comido hace dos horas?

TODOS. ¿Eh?

SALDA. Porque ése es el régimen que él sigue: el de atracarse como un Heliogábalo.

GERM. *(Entrando en escena con Víctor.)* No es nada; ya va pasando. Se conoce que la leche me cogió muy débil, y por poco enseño la oreja.

VICT. Hacía mucho tiempo que no tomaba nada...

GERM. Es un régimen tan severo...

SALDA. Te advierto que ya saben todos que te has atracado de bacalao y de judías.

GERM. ¡Hombre, Jaime, eso no se hace con nadie! *(Ríen.)*

PILAR. En fin: yo me marcho... Víctor, ¿me acompaña usted?

VICT. *(De una pieza.)* ¿Eh?... ¿Yo?... Pero ¿por la calle?

PILAR. Por la calle. ¡Por Dios! ¿No quiere acompañarme?

VICT. ¡Pilar! *(Que no sabe si reír o llorar.)*

ALDON. Todos serán felices, Germán; todos, menos yo; porque yo..., te lo diré sin mirarte, porque me quema el sonrojo... *(Germán se separa de Aldonza al mismo tiempo que se arrima a ella Cerón.)*

GERM. ¡Quiá! ¡A mí, no!... *(Al ver que Cerón le sustituye en el sitio que él ocupaba, hace un gesto de asombro y queda escuchando disimuladamente y haciendo esfuerzos para no reír a carcajadas.)*

ALDON. Cerón no me hace feliz; no soy comprendida. Siempre que le hablo de cosas bellas me habla él de la China y del alcanfor. Aspiré a casarme con don Felipe el Hermoso, y me he casado con don Alfonso el Sabio. *(Suspirando, viendo a Cerón y cambiando el suspiro por un "¡Ah!" de asombro.)* ¡Ahhh!

FARF. ¡¡Aldonza!!

ALDON. *(Riendo nerviosa, y disimulando.)* ¡Se lo ha creído! ¡Se lo ha creído!...

FARF. *(A Germán, que se muere de risa.)* ¿Ha oído usted?

GERM. *(Llevándose las manos al estómago.)* ¡Qué voy a oír! ¿Usted sabe cómo tengo yo las orejas?

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Enderiz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La risa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por Carlos Arniches y Joaquín Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.